Mis
Flori

Ex Libris

Russell Perry Sebold III

FL DRPS FA/0368
0500763282

MIS FLORES

POR

A. Ribot.

BARCELONA:

IMPRENTA DE A. GASPAR Y COMPAÑIA,
CALLE DE LA PLATERIA.
1837.

Entrada del jardin.

Las ilusiones del poeta son las flores de su jardin. El papel es la tierra que las fecunda y la imajinacion el sol que las colora. -Se entretiene con su cultivo; cada dia las observa, y cada dia vierte sobre ellas algunas lágrimas para que no se marchiten.

¡Bienaventurados poetas! En medio de vuestras calamidades, gozais el derecho de formaros una existencia de ilusiones que templa la amargura de vuestra existencia real. Dan-

do un paseo por vuestro jardin os trasportais idealmente á la felicidad, y tomais una posicion ficticia que es como un velo de oro corrido sobre el negro cuadro de vuestra posicion material. Porque vosotros vivis con dos almas; con una sola no podriais vivir. Teneis un alma de hombre y un alma de poeta.

Yo tambien quiero ser poeta, y de consiguiente no debo ser como el resto de los hombres. Mi porvenir, que se descubre funesto, reflejará almenos algunos rayos de la felicidad de otras épocas. Entonces podré todavía dar una vuelta por mi jardin, y, á pesar de mis infortunios, vivir contento con el alma de los trovadores.

He buscado las flores que me han parecido mas hermosas, y las he trasplantado aqui para formar un nuevo jardin. En cada una de ellas observo un olor especial que me llena de vida y cada dia me manifiestan sus hojas algun matiz que hermosea mis quebrantos.

No sé cual es el mérito de mis elejidas, pero puedo asegurar que bastan para mi recreo. Son los ecos de mi ventura, las rosas de mis espinas, las cartas de mi madre durante mi emigracion. Su aroma nunca incensó á los tiranos, ni jamás una de ellas ha formado parte del ramillete que los esclavos presentan á sus señores.

¡Flores queridas! vivid y creced; creced al rededor de mi. Trasplantaos despues á la portada de la eternidad, y allí seré todavia feliz sí, cubriendo la tapa de mi ataud, embalsamais el polvo de mis huesos.

El Trovador de Laletania (1).

¿Qué es mi vivir en la desierta arena
Que piso despreciado?

MATA.

¡Veinte y tres años! jóven todavía,
¡Veinte y tres años, y la sangre fria,
Y el alma sin pasion.....!
¡Veinte y tres años, y ni un sueño hermoso!
¡Ni un halago siquiera mentiroso!
¡Ni una sola ilusion!

¿Con qué soy viejo ya? con qué la luna,
Que reflejaba ayer sobre mi cuna,
Hoy brilla en mi ataud?
¿Ni se alimenta de esperanzas vanas,
Helada con el frio de las canas,
Mi pobre juventud?

Todo el vivir se concentró en mi frente...
¡Oh! ¡si pudiese este sudor urente
Bajar al corazon!

¿Lo animára tal vez? no; está deshecho...
Llegad la mano á mi infelice pecho,
Y... habédme compasion.

No alienta... ¿no es verdad? en él se encierra
La entraña del amor, como en la tierra
El cuerpo del mortal,
Luego que el espíritu ha volado,
De los terrenos lazos despojado,
Al seno celestial.

¡Quién lo creyera! en otro tiempo amaba
Con un amor de fuego, y deliraba,
Y era loco y feliz;
Y me agradaba el rebramar del viento,
Y el acento del buho, y el acento
De ardiente codorniz.

Y llevaba la májica existencia
Por un jardin á respirar la esencia
Del esbelto clavel;
Y lleno de ilusiones y delirio,
Cojia acaso el mas hermoso lirio
Que adornaba el verjel.

Y veia ajitar la cañavera
Su flexible panocha, y la palmera
Sus racimos de flor;

Y allí lloraba á una mujer ingrata,
Y entre dorados sueños me era grata
La imájen del dolor.

Hora no siento la mas cruda pena,
Ni el pausado seguir de una cadena,
Ni el crujir de un puñal:
Nada siento por fin; soy impasible,
Y este nada sentir es mas terrible
Que un sufrir infernal.

Ví la ciudad regada del Garona,
La fuerza del vapor suplió la lona
Por conducirme allí;
Y no admiré del arte el poderío,
Y el puente sin igual que cruza el rio
Indiferente ví.

Ví de Vendome la columna erguida
De batallas magnánimas ceñida,
Y encima el que las dió;
Y, como acostumbrada á su presencia,
Mi vista con helada indiferencia
Alzóse y se bajó.

Ni me ha pasmado el Támesis que baña
La inmensa capital de la Bretaña,
Ni la enorme ciudad,

Ni los montes Helvéticos, dó un dia
La espada Tell impávido blandia
Dictando libertad...

Ved pues lo que es un Trovador gastado,
Gastado del pesar y atormentado,
Cual es su fin mirad;
Desengaños del mundo corrompido
Al miserable estado le han traido
De entera nulidad.

Tuve un amigo y fue infiel, y amaba
A una mujer tambien, y me engañaba,
Y tarde conocí
Que mis puras y santas emociones
No hallarian albergue en corazones
Que no son para mí.

No Laletania aprovechara en vano
Los ecos escuchados del tirano
Que á mi voz sucumbió,
Cuando leyó en el fuego de mis ojos
Mis proyectos terribles, y de hinojos
Temblando se postró.

Porque yo era valiente, no es alarde,
Si alguien me ultraja agora es un cobarde
Que entonces desprecié;

Y me vió caballero y jeneroso,
Y... que se guarde aun, que valeroso
Lo será quien lo fué...

¿Valeroso? ya no; ya no me escita
La trompeta guerrera, ni palpita
Con su herida mortal
El corazon que, ardiente de deseos,
Siempre buscaba justas y torneos
Y rumor de atabal.

Anhelo solo mi existencia quieta
Fijar, como el sencillo anacoreta,
Al lado de un altar;
Místico allí y doblada la rodilla,
Incensaré, cerrado en su capilla,
Al que formó la mar.

Y tocaré de noche la campana,
Y otra campana un poco mas lejana
Contestará á su vez;
Y de un convento las desiertas tejas
Y veré de las monjas, entre rejas,
La atormentada tez.

Y delante el Señor de las alturas,
Que vela por su bien á sus criaturas,
Alzaré mi ataud;

Y sin cesar rezando noche y dia,
Imprimirá á mis rezos melodía
Mi fúnebre laud.

Mas si recuerdo mi fugaz ventura,
Si un amigo infiel, si una perjura...
Perdona ¡sociedad!
Mis versos serán duros, ponzoñosos,
Asperos como tú... serán hermosos
Por cantar tu maldad.

Barcelona, año 1837.

El Libre.

Canto fantástico.

De acero el brazo fuerte,
De acero el brazo armad;
Independencia ó muerte,
O muerte ó libertad.
MARTINEZ DE LA ROSA.

Huye, lira de amor, mientras retumban
Allá en Cantabria las crujientes armas,
Mientras se esfuerza en sacudir su yugo
Con noble y santa indignacion mi patria.

Lloroso acento, femeniles ecos
La sombra de los libres desdeñára,
Y el trueno de la pólvora ahogaria
Los tonos melancólicos del arpa.

Así confunden procelosas olas,
Fieras batiendo el pedestal del Atlas,
El susurro del céfiro apacible
Que ajita apenas las endebles cañas.

¿No ois sonar estrepitoso en torno
Mortífero cañon? ¿no veis las lanzas
Allá en Bilbao acumular despojos
Que enrojecen con sangre sus murallas?

¡Hijos de Iberia! dispertad; no en vano
Vuestra infelice Madre os lo demanda...
Védla revuelta en afrentoso polvo
Entre los tristes yermos de Navarra.

Abierto el seno, al esterior enseña
Heridas por sus hijos las entrañas,
Y de sus labios que el dolor convele
Trémula voz y suplicante escapa.

«O guerreros,
Los aceros,
Los escudos
Embrazad,
Y valientes cual los Cides,
En las lides
Esos brazos tan nervudos
A los siervos enseñad.»

«No hay un libre,
No hay quien vibre
Férrea lanza,
No hay piedad;

Solo egoistas hay menguados,
No soldados
Que sedientos de venganza
Busquen *muerte* ó *libertad.*»

«Yo me lamento, y contemplais en tanto
Al que desgarra mónstruo atroz mis venas;
Despues en vano llorareis; no el llanto,
Es el valor quien rompe las cadenas.»

Un guerrero, un valiente,
Al pie de las murallas,
Pasea lentamente
La tierra que yermaron las batallas.

Con ímpetu sañudo
Se sienta, y dá un jemido,
Y abandona su escudo,
Para jemir mejor, allí tendido.

Que aunque es tan fiero de alma
Tambien de amor palpita,
Convulso cual la palma
Que reciamente el huracan ajita.

Tambien el llanto corre
Por su tez retostada,

Cada vez que recorre
La estancia de su Adela una mirada.

Pero indómito, bravo,
Escrita está su suerte;
Jamás vivirá esclavo
Porque antes sabe merecer la muerte.

Oye el acento triste
De la patria oprimida,
Y en el momento viste
La armadura con sangre reteñida.

Brilla en su frente adusta
Acribillado casco,
Y en su mano robusta
El mejor hierro que templó Damasco.

Arde su vista y fiera
Cuanto mira devora,
Cual si por vez postrera
Gozar debiese el caro bien que adora.

«Parto ya, pues la patria me llama;
Anjel mio, recibe mi adios;
Por tí llanto tu amante derrama,
Pues si muero, morimos los dos.»

«Tú me quieres, mi bien, yo te quiero,
Mas la patria me obliga á partir;
Que el amor es la patria primero...
Voy por ella á triunfar ó á morir.»

«Si perezco, enlazados los nombres
En la tumba de patria y amor,
Mirarán con asombro los hombres
Que se enlaza una flor á otra flor.»

«Corresponda á mi audacia el destino,
Y el tirano con yelmo y arnes,
Al blandir yo el metal damasquino
Depondrá su cabeza á tus pies.»

«Parto ya pues la patria me llama;
Anjel mio, recibe mi adios;
Por ti llanto tu amante derrama...
¡Ay! si muero, morimos los dos.»

Asi dijera el liberal del Norte,
Cuando ve una hermosísima fantasma
Que, abierto el seno, desastrosa furia
Con su sangre salpica sus quijadas.

Su blanca tez es de color de luna;
Melancólico temple imprime al alma;
Rico y negro es el velo que la cubre,
Cual manto funerario de un monarca.

Su tristeza entusiasma, como al jóven,
Que por primera vez ciñe la espada,
El tremente relincho de un caballo
O el choque estrepitoso de una lanza.

Siente el guerrero celestial impulso;
Sus pasos impertérrito adelanta,
Y el pecho comunica sus latidos
Al cuádruple metal de la coraza.

No se engañó; aquel mónstruo es el tirano,
Su desdichada víctima es la patria...
¡Al arma, hijo del Cid, no mas tu acero
Ocioso duerma en polvorosa vayna...

Y vá, y levanta el impetuoso alfanje
Que dó quier á los déspotas espanta,
Y la frente partiendo de la furia
Con su vida sus crímenes acaba.

Su amable Adela en el pensil llorando
Ve el astro de la noche en sus amargas
Lágrimas reflejarse, y temblorosa
El fin del libre ó su victoria aguarda...

Mas de repente un espantoso grito
Escapa de sus labios... vé á sus plantas
La cabeza del mónstruo aun sanguinosa
Del insepulto tronco separada.

Lérida, año 1834.

A Isabel.

Improvisacion.

Reinar y avasallar como señora,
Rendir y embelesar es tu costumbre.
QUINTANA.

¡Astro de gloria y ventura!
¡Isabel! ¡niña inocente!
¿Quién en España no siente
Influjos de tu luz pura?
Desde el trono de Pelayo
Brillas bella como el rayo
Que nos lanza
Desde el cielo,
Por consuelo,
La esperanza.

En los campos del honor,
Al recordar tu sonrisa,
Muestra el libre su divisa
Y lucha con mas ardor:

Si es herido, con tu manto
Su sangre enjugas y llanto,
Mas piadosa
Que la fuente
Al que ardiente
Sed acosa.

¡Oh! que al mirarte tan gentil y bella,
Puesta en el Trono, refulgente estrella,
Por manos del Criador;
El arpa toma el vate,
Y el pecho hierve y late
De entusiasmo y amor.

Amor, no mas que amor... no nos espantas,
No postrarnos sabemos á tus plantas
Con amaño servil;
No al poder nos doblamos;
Tu ternura adoramos,
Tu inocencia infantil.

Nuestra voz respetuosa va á tu oido,
Cual sube á Dios de incienso derretido
Perfumado vapor:
Amor solo respira,
Cual la melosa lira
De amante trovador.

¿Acaso envidias el sobervio trono
Dó, ceñido de crímenes y encono,
Se enhiesta infame Rey?
¿No es mas bello en tu mano,
Que el cetro de un tirano,
El libro de la ley?

¡Ay, Isabel! que tu brillante solio
Del Louvre se estendiera al Capitolio,
Del Támesis al Don;
Tal vez menos valieras,
Si un trono no tuvieras
En cada corazon.

Barcelona, año 1836.

El árbol caido.

Arbol infelice,
Mi recreo un dia,
Ya tu solo riego
Serán las lágrimas mias.
FLORIAN. *Gonz. de Cord.*

¿Dó fueron, árbol inerte,
Las galas de aquel ramaje,
Que con ahinco buscaron
Los moradores del valle?
¿Dó está la gallarda cima
Que entre las nubes alzaste,
Cuando tu frondoso seno
Era cuna de las aves?
¿Porqué las plácidas auras
No te acarician afables,
Y no te ofrece el arroyo
Sus anhelados cristales?
¡Arbol infeliz! ¿dó fueron
Tus pompas? ¿porqué no esparces
Las bellezas que al verano
Nueva lozanía añaden?
Ajado, seco, leñoso,

No ya tu triste semblante
Es el primero que bañan
Los crepúsculos solares.
Hora sin vida en el suelo
Arido esqueleto yaces,
Como descordada lira
De paralizado vate.
Ni los pájaros asocian
Su gorjeo al suspirante
Murmullo, con que la brisa
Alhagaba tu follaje.
Ni trovadores te cercan,
Ni corazones amantes
Dictan sensibles los motes
Que en tu corteza ostentaste...
Tambien junto al nombre mio
El nombre de Adela... salve,
Arbol querido! ¡recuerdo
De auroras mas agradables!
Todos te han abandonado
Menos Fileno y el ave,
Cuyo nocturno graznido
En el silencio se place.
Cuando veladora y sola
Sus alas tienda espantables
Sobre tu tronco, ó sus plantas
Fije en la vecina márjen
Del cercano cimenterio;

Yo sus ecos funerales
Acompañaré doliente
Con mis lúgubres cantares.
Yo lloraré, y si mi llanto
No basta para regarte,
Como lo hicieran un dia
Arroyos mas abundantes,
Seremos mutuos testigos
De nuestra suerte... tu sabes,
Cual yo las tuyas, mis glorias;
Quiero sepas mis pesares.

Barcelona, año 1832.

Los proscritos.

Canto humanitario.

Que los monarcas del mundo
Su intrepidéz encadenan,
Y en tanto... ¿qué les importa
Que todo un pueblo perezca?
OCHOA.

Doscientos alemanes é italianos proscritos de su patria por la santa causa de la Libertad, hallaron un asilo en el territorio de la Suiza. En medio de hombres libres se les hacia llevadero el dolor que sigue constantemente al abandono del pais que nos ha visto nacer; pero la diplomacia les alcanzó hasta en el seno mismo de una república. Intimidado el Directorio Helvético con las amenazas de la diplomacia austríaca, consintió la negra deshonra de espulsar de su seno á los doscientos desgraciados. Este acto inhumano me inspiró la siguiente composicion, en la cual he procurado seguir de bastante cerca el plan que sobre el mismo objeto desenvolvió con su acostumbrada maestria el célebre Mazini.

En el fragoso Septentrion dó alzado
Persiste el despotismo,

Eterno cual las nieves que en el mismo
De los Alpes las cúspides erizan :
Allí dó levantada
La mano del verdugo
Con la muerte castiga una mirada ;
Allí nacieron bravos,
Allí valientes jóvenes crecieron
Que, al conocer su dignidad, rompieron
El silencio que enfrena á los esclavos.

Los sacrosantos gritos
De Libertad y Patria
Entre los nobles labios florecieron
De jóvenes proscritos,
Que para espiar su justo ardor corrieron
De clima en clima sin cesar errando...
Adios, adios, ingrata patria mia,
Clamó un doncel llorando,
No tornaré por mi desdicha á verte.
Dijo : y de cuando en cuando
Sus mustios ojos de llorar marchitos
A la mansion donde nació volvia.
Adios, adios, ingrata patria mia,
Sus míseros amigos repitieron,
Y el pan del emigrado
Por luengos climas mendigando fueron.
¿Qué suerte les espera?
¿Dónde irán? dónde quiera

Carga son insufrible,
Dó quier ven el terrible
Brazo de los sayones
Que á castigar hasta el pensar se aprontan.
Si á la fragosa cima se remontan
Que los valles domina,
Cadenas ven; si bajan á la arena,
Ven de un tirano la impresion aleve,
Y entre los copos de la blanda nieve
Ven rastro de hombre y rastro de cadena...

Asi vagando marcha
De miseria en miseria
El confuso tropel de peregrinos,
En tanto que blanqueadas con la escarcha
Sus capas miserables
Alquiceles paracen de Argelinos.
¡Tristes! ¡os compadezco!
Ni el grato acento de entrañable madre
Resuena en vuestro oido;
Ni vuestro nombre pronunciar es dado
Al infelice padre.
La hermosa prenda del amor perdido
Un torrente de lágrimas derrama
A vuestro fin infausto;
Llorando os busca, suspirando os llama,
Y su llanto y sus áridos sollozos

Son un vano holocausto
Que nunca alcanza al corazon del que ama.

Jóvenes todos sois, todos virtuosos,
Y en vuestra insigne frente
Todos llevais de proscripcion el sello.
Dobló la patria á la coyunda el cuello,
Y el entusiasmo ardiente
Que destrozar debiera sus cadenas
Desprecia injusta y tan vilmente os trata...
No importa, no lloreis; no es patria vuestra
Patria que tan ingrata
En su materno seno no os abriga.
Nueva patria buscad; para vosotros
La primera murió, si; donde amiga
Halla el hombre una tierra, donde libre
Persiste, allí es su patria...
¡Triste el mortal que el pórtico fatiga
Del indolente avaro
Con desvalido ruego!
Demanda su piedad, y anuncia luego
Ronco ladrido de mastin valiente
Del emigrado la fatal presencia,
Y del dueño impasible la inclemencia
Desprecia el llanto y suspirar doliente.
«Lejos, esclama, llevas
«Contaminosa execracion contigo:
«No mas perturbes mi tranquilo sueño

«Insolente buscando en mí un abrigo...
«¿Sabes quién soy...? aparta ¡desdichado!!!»
Dice asi duro dueño,
Y el mísero emigrado
Repite cuatro veces «*Está escrito,*
No hay patria, no hay piedad para un proscrito.

¡Víctimas desgraciadas
De los afectos patrios!
Os engañais; no en opulentos atrios
Busqueis vuestro solaz. Donde su asilo
Las virtudes austeras
Quisieron escojer; donde tranquilo
Habita el hombre honrado,
Allí los siglos bonancibles vuelan,
Allí un alivio encuentra el emigrado.
En medio de la Helvecia, en los cantones
Que libertó Guillermo,
Mora la paz, las cándidas costumbres,
La independencia, los celestes dones
Hijos de la virtud. Las servidumbres
Rotas cayeron só el poder del libre;
No hay hierros, no hay dogal, no hay tiranía,
Y... ¡ay del tirano que en su mal revibre
La infame espada que blandió otro dia!

¡Mísera juventud! ¡raza valiente!
¿Qué no debe rendir en holocausto

A tu destino infausto
De un pueblo libre el entusiasmo ardiente...?
Mas ¡ay! que ni este suelo,
Previlejiado de los buenos, puede
Soportaros tampoco!
Ni los montes de Uri, ni la corriente
Del Rin independiente,
Ni el anchuroso cielo
Que las colonias de Urdenwald cobija...
Nada hay para vosotros... ¡desdichados!
La voz de *proscripcion* sacude el viento,
¡Proscripcion! proscripcion en los collados
Mas remotos retumba...
¡Ah! ¿dó os ocultareis, si hasta en la tumba
De *proscripcion* rebramará el acento?

Ved, cual espectro, levantarse fiero
El sucesor autócrata, el indigno
De Rodolfo heredero.
El es el que primero
Al Directorio hace sentir su amago...
«*¡Hijos de Tell!* esclama,
Sobre vosotros pesará el estrago
De la venganza atroz que me devora,
Si albergais los proscritos...»
Dijo y sus fieros gritos,
Al supremo pontífice llevados,
Su sacrosanto solio estremecieron.

Echad á los proscritos
Las riberas del Tíber repitieron,
E intimidada Helvecia
Espulsó sin rubor de su regazo
A los doscientos... ¿qué? ¿el furor aprecia
De atroz absolutismo?
¡O mengua! ¡ó vilipendio! ¿esta es la patria
Que la cabeza hundió del despotismo?
¿Esta? ¿y feroz rechaza
De su anhelado seno,
A impulsos de una pérfida amenaza,
Los tiernos niños que mimar debiera...?

Niños son, es verdad, pero valientes,
Niños, pero potentes
Mas que en su trono un déspota: constantes
Siguen la senda que trazó la gloria;
No desesperarán, no. Sin sentirlo
Exalarán su postrimer aliento.
El que busca sangriento,
Por interés ó mezquindad movido,
En medio de cadáveres su suerte,
Desespera tal vez; no el que la muerte
Merecer sabe por salvar su patria...
¡Míseros...! que su frente
Espaciosa y altiva
Es la frente de un mártir: las caricias
No ya disfrutan de piadosa madre,

Ni en sus mejillas juventud florece.
Pero el ánjel que vela en su destierro
El entusiasmo inspírales ardiente
Que nunca estinguirá la tiranía.
«Seguid, les dice, ó jóvenes proscritos,
«Seguid que vendrá un dia
«Mas radioso y feliz... ¡almas sublimes!
«Sí; en vuestro tierno corazon anidan
«Almas que nunca arredrará la pena.»
Calló, y con el estremo de sus febles
Alas tocó los párpados endebles
De los niños proscritos,
Y desapareció como en la arena
Leve impresion de acelerada arista.
De entonces se elevaron
Sobre los demas hombres; conocieron
Cosas que sus abuelos no alcanzaron,
Y de su triste emigracion volvieron
Y el misterio á los libres revelaron,
«*¡Fraternidad universal! dijeron,*
Hombres todos, un dia,
Un dia os unireis; libres entonces
Sereis eternamente.»

Lo seremos; no en vano
El corazon lo siente:
Tal vez ahora sucumbir es fuerza
Al hierro del tirano,

Pero ya el mundo penetró el arcano
Que á su perpétua libertad opone
Un dique insuperable, no vencido:
Unámonos, y luego
Disfrutaremos en comun sosiego
La libertad, el bien apetecido.

Barcelona, año 1836.

La agonia de amor.

Trovas.

Estas trovas me recuerdan
á Mercedes que las inspiró, á
Matilde que las cantó y á C***
que siempre las está cantando.

Si hay una flor que cojas, ó enemiga,
Para adornar mi fúnebre ataud,
Seré feliz el dia en que consiga
Dejar allí dormido mi laud:
A tí, cruel, los últimos quejidos
De su laud dedica el Trovador,
Y el corazon, suspensos sus latidos,
Quiere á tus pies agonizar de amor.

Yo de tu voz la armónica dulzura
Sentí feliz mi pecho penetrar,
¡Ah! yo te ví, romántica figura,
Con tu cendal mis lágrimas borrar.
Y hora por fin con mi afliccion me dejas...
Ha compasion, aduerme mi dolor;

Ven, vírjen, ven, que al exalar mis quejas
Quiero á tus pies agonizar de amor.

Yo trovador, yo pobre y sin fortuna,
Osé mirar las gracias de tu tez...
¡Ah! yo te ví mas bella que la luna,
Yo te adoré... castiga mi altivez.
Sin otro bien que su laud inerte,
¿Qué es para tí tan mísero amador...?
¡Piedad, piedad! no quiero merecerte;
Quiero á tus pies agonizar de amor.

Te ví por fin... acércate, ánjel mio;
A tí, mi bien, y solamente á tí
Dirijiré mi cántico sombrío,
Que dictará mi acerbo frenesí...
¿Llegaste ya...? señora... ¡tanta suerte!
Y mi rival... ¡no llegues! ¡ó furor!
Su acero atroz herido me ha de muerte...
Vengo á tus pies á agonizar de amor.

Barcelona, año 1836.

A Tisbe.

¿Porqué, Tisbe, te niegas
A alimentar piadosa
La llama del amor? ¿porqué no entregas
Tu pretendido corazon? mil veces
Y otras mil quiere el delirante Anfriso
Dirijirte sus tímidas miradas;
Mil veces ¡ay! y otras mil veces triste,
Temiendo tus enojos,
El fiero impulso de mirar resiste,
Y anegados en lágrimas sus ojos
De tu amada presencia los retira...
¿El infeliz que hará...? jime y suspira.
Jime y suspira y tus desdenes llora,
Y frenético y ciego
Te deja, y torna luego
Para verte otra vez... ¿á quién implora
En medio á su inquietud? ¿donde el sosiego
Encontrará que sus angustias temple?
¿Dónde? ¡infeliz! cansado
De tu desdén y desamor, su sombra

Le presta en vano el pino.
De cuando en cuando su hálito
El apacible céfiro
Al crepúsculo asocia matutino,
Y entre las hojas jugueton se mece
Y al mísero amador su soplo ofrece.
Y en el zenit se eleva
De rayos coronado el sol ardiente,
Y hasta el sol atestigua
La ajitacion que el desdichado siente.
O Tisbe, compasion... si el triste llanto,
Que por tí vierte el desdichado Anfriso,
No conmueve tu espíritu inclemente,
De tí misma ha piedad... ¿acaso un dia
Juzgas que amor no vencerá potente
Tu ocioso corazon? ¿la noche umbría
No escuchará tus áridos jemidos?
¿Amorosos latidos
No ajitarán tu pecho?
Amor todo lo puede,
Todo á su impulso irresistible cede.
En lágrimas deshecho
Tu rostro acaso ocultarás turbada,
Y marchita y ajada
Por destructora edad: al mismo amante
Que hora te adora, adorarás tú entonces
Y él te aborrecerá... no mas su acento
Pronunciará tu nombre, ni su canto

Dará querellas lúgubres al viento.
Hinchados ¡ay! del llanto
Levantarás tus párpados, y al mismo
Que ingrato hora desdeña
Tu corazon de peña,
Verás que imprime con ardiente boca
En mullidas mejillas
Un ósculo afectuoso, y que el rosado
Color blanquea dó su labio toca.
Verás recompensado
Su inestinguible amor; torneados brazos
Formarán bellos lazos
En torno de su cuello,
Y tarde en tu despecho arrepentida
Envidiarás un galardon tan bello.
Vanamente, insensata,
Por reparar tu orgullo
Entregarás tu vida
Al que la suya, hora infeliz, te entrega;
Él reirá en tu llanto,
Cual tú en el suyo empedernida ries,
Y sin tí el ancha vega,
Sin tí el bosque frondoso
Le agradará: ni odioso
Le será entonces el rayar del alba,
Que en sus mentidos sueños le sorprenda,
Que la ilusion que le alimenta esquive...
¿Acaso en sueños buscara, cual antes,

La dicha y el placer? ¿la escasa ofrenda
De una ilusion ha de formar su vida?
¡Ah, Tisbe! los amantes
Tiernos, correspondidos,
Gozan la realidad de una ventura
Que no es dado esplicar... cree, no en vano
Te tiende Anfriso su ardorosa mano,
No en vano amarte eternamente jura.

Cervera, año 1829.

El castillo feudal.

Poema social.

Sal á la torre, Señora,
Sal y escucha mi cancion.
BRAEO.

La luna asoma y refleja
En el hierro del arado,
Que el infelice Rosendo
Dejó olvidado en el campo.
Jamas tan lentos y tristes
Tornasolaron sus rayos
En los góticos umbrales
Del castillo mas cercano.
Jamas fue tan perezoso
El reloj del campanario...
¡Rosendo! tu acerba angustia
Trueca las horas en años.
El triste aguarda á su Elvira,
Y los ojos arrasados
Clava en las rejas dó jime

El objeto de su llanto...
Pero nada vé, la opaca
Macilenta luz del astro
Por la ventana enrejada
La estancia viste de blanco...
Y Elvira asoma; Rosendo
La lira toma en sus manos,
Y al son del blando instrumento
Asi se queja cantando.

«Llega, llega, ánjel mio; te adoro,
Y mi lloro no puedes oir;
Sal y escucha mi queja postrera,
Sal siquiera por verme morir.»

«Dulce prenda,
Mas querida
Que la vida
Para mí;
Mis mejillas
Blanda toca
Con tu boca
De rubí.»

«Que mas grato
Me es tu acento,
Que el aliento
Del clavel;

Que contiene
Tu hermosura
Mas dulzura
Que la miel.»

«Sal, bien mio,
Tu mi llanto,
Mi quebranto
Calmarás;
Sal y huyamos
Donde unidos
Mil latidos
Contarás.»

«Cuantas veces
Late el pecho
Ya deshecho
Con su mal;
Tantos besos
En la cara
Te aplicara
Virjinal.»

Conducen los vientos
Sus tristes acentos
A la alta ventana,
Dó está la tirana
De sus pensamientos.

¡Ah! ¿quién no delira
Por la hermosa Elvira,
Si es tal su semblante
Que cualquier amante
Al verlo suspira?

«Llega, llega, ánjel mio; te adoro
Y mi lloro no puedes oir;
Sal y escucha mi queja postrera,
Sal siquiera por verme morir.»

-Oye sus tristes tonos
El guardian del castillo,
Y á modo de un espectro
Se llega al aflijido.-

GUARDIAN.

En mal hora, de noche,
Trovador, has venido;
O rompe el instrumento,
O parte de este sitio...
Recibe esas monedas
Y calla, que es preciso
No interrumpir el sueño
De mi Señor Rodrigo.

ROSENDO.

Monedas das, alcaide,
No, no las necesito.

GUARDIAN.

¿Las rehusas...? ¡por vida,
Que es orgulloso el niño!
¿Si para su contento,
Será tal vez preciso...

ROSENDO.

Nada: las agradezco,
Pero no las admito;
Ni sin oro soy pobre,
Ni con oro soy rico.
Un corazon gastado,
De temple como el mio,
Que de suspiros vive,
Busca solo suspiros.

GUARDIAN.

¡Vaya! que este alimento
Fácil es conseguirlo.
Suspira cuanto quieras,
Suspira... mas, repito
Que vayas á nutrirte
Muy lejos de este sitio.

ROSENDO.

¿Lejos? ¡jamas! ¿qué sirven
Mis áridos jemidos,
Si lejos los exalo
Del objeto querido?
De Elvira lejos...

GUARDIAN.

¡ Oiga !
¿ Eres Rosendo ?

ROSENDO.

El mismo.

GUARDIAN.

¡ O triste enamorado !
Te compadezco... amigo,
Es harto poderoso
Tu rival; Don Rodrigo
Arde en amor...

ROSENDO.

¡ O cielos !!!

GUARDIAN.

Y pretende estinguirlo
En los brazos de Elvira...

ROSENDO.

¡ Jamas ! tengo un abismo
A mis plantas abierto,
Y es fuerza que conmigo
Se precipite ..

GUARDIAN.

Jóven,
Modérate; no impío
A ofender á tus amos
Te arrastre tu delirio.
Aun conjurar te es dado
La crueldad del destino;
Elvira es tuya, puedes

En sus brazos queridos
Ser apremiado...

ROSENDO.

¿ Cómo ?
Dime.

GUARDIAN.

Si Don Rodrigo
Te ofreciese el consorcio...

ROSENDO.

Basta; calla; no aspiro
A poseerla á costa
De tan vil sacrificio.

GUARDIAN.

¿ Qué pronuncias ? ¿ son viles
Los sacrosantos vínculos
Del matrimonio ? ¿ sabes
Que este dictado indigno,
Que te inspira el infierno,
Pronuncia tu esterminio ?
¿ Ignoras...

ROSENDO.

Nada ignoro;
Venero y soy adicto
Al matrimonio... ¿ puede
Un pecho como el mio
Buscar mayor dulzura ?
¡ O esposos ! ¡ cuanto envidio
Vuestra suerte ! ¡ es tan dulce
Permanecer unidos

Con lazos insolubles
Dos amadores finos!
El consorcio es el sello
Del amor; es el tipo
De la ventura; el nectar
Que derrama divino
La virtud en las llagas
De un corazon rendido.
Yo no estoy destinado
A tanto bien; escrito
Llevo el árido curso
De un porvenir sombrío.

GUARDIAN.

Pero ¿porqué...?

ROSENDO.

¿Lo ignoras,
Alcaide del castillo?
¡Y tú me lo preguntas!
¡Horrible feudalismo!

¡Ay del mortal que delirante y ciego
Arrastra su ecsistencia por la tierra,
Y un corazon de fuego
Dentro su pecho atormentado encierra!
Yo nací para amar: correspondido,
La juventud quimeras me abultaba,
Y á solas me auguraba
Mas grato porvenir. Elvira hermosa,

Como el debil crepúsculo que el dia
Al miserable envia
Que jime en una cárcel tenebrosa,
Elvira coronaba mis caricias,
Elvira anjelical y bondadosa,
Perenne manantial de mis delicias.
Cual mariposa leve,
Las luces de sus ojos he buscado
Y en ellas me he abrasado...
¿Porqué fué tan efimera, tan breve
Mi dicha...? ¡Don Rodrigo!
Tú la viste y la amaste, cuando impuro
Tu labio... ¡ó Dios! testigo
Fuí yo mismo de mi mal; el fiero,
Apoyado en su prez de caballero,
La llama á Elvira de su amor advierte,
Descubre la pasion que le devora,
Mientras la triste llora
Cual si escuchase el fallo de su muerte.
En vano Elvira implora
La compasion de su señor; en vano
Riega humillada su inclemente mano
Con un raudal de lágrimas... Rodrigo,
Sordo su oido á tan acerba pena,
A espiar su resistencia la condena
En la prision dó la llevó consigo.

GUARDIAN.

Solo no puedes rescatarla: vuela,

Y rendido á las plantas
De tu Señor, revela
Este incendio voraz que te consume...
¿Tu corazon presume
Hallar tal vez empedernido el suyo?
No, Rosendo, jamas; el apiadado
Te entregará tu Elvira,
Y te unirá con vínculo sagrado
Al caro bien á que tu pecho aspira.
Vínculo eterno, imperturbable...

ROSENDO.

¡O dura
Necesidad de un siervo! ¿es mi deseo
Acaso iluminar mi desventura
Con la sagrada antorcha de himeneo?
En aquel mismo dia
En que mi Elvira por la vez primera
Mi puro afecto coronar debiera,
¿Al bárbaro Rodrigo miraria
Como usurpa mi tálamo? ¿A su lado,
Celoso, inquieto, ardiente, sonrojado,
Mi afrentoso baldon consentiria,
En tanto que el impúdico sus labios
En la tez de mi bella aplicaria?
No, no puedo impasible
Tanto horror soportar... ¡O afortunados
Hijos de los desiertos!
¡O descendientes de Yemen! vosotros

Felices sois, y (perdonad si envidio
Vuestra felicidad) en vuestros climas
Por el sol abrasados,
Pero no por el hálito agostados
Del feudo y corrupcion, naceis tranquilos,
Y creceis como hermanos,
Y disfrutais, sin padecer, las horas,
Las pocas horas que concede el cielo,
Para gozar su dicha, á los humanos.
En la edad pura del amor palpita
Vuestro pecho tambien, y vuestro pulso
Mas frecuente se ajita,
Y sentis el impulso
De la fiebre de amor, y el alvedrío
Rendis tambien al suave poderío
De inocente beldad; beldad que un brazo
Os tiende ruborosa, y acojida,
Mientras dura su vida,
Os ofrece en su cándido regazo.
Beldad mas pura aun y mas ardiente
Que el astro, en su cenit, que os ilumina,
Que os aguarda impaciente
Con la flor de las vírjenes orlada,
E imprime en vuestra frente
Un ósculo y no mas... queda casada.
Allí las leyes de igualdad estienden
Su sagrado dominio, y no orgulloso
Turba de vuestro tálamo el reposo

El insolente pié del opulento,
Ni amartelado amante
Vuestra esposa seduce;
Ni de la vírjen el cendal flotante,
Que de las auras á merced se mueve,
Lasciva mano á profanar se atreve.
Nadie perturba vuestro bien; la prenda
De vuestro amor es vuestra, os pertenece
Como á los Dioses la olorosa ofrenda
Que al rededor de sus altares crece.
Nadie desdora. . . . . .

Calló Rosendo: su perenne llanto
Agolpóse en sus párpados marchitos,
Pero luego sus lágrimas corrieron
Que hasta el guardian sintióse enternecido.
De repente lamentos espantosos,
Como en la noche el fúnebre graznido
Del ave funeral, hieren en torno
Los torreados techos del castillo.
Y es Elvira la mísera que jime...
Rosendo palidece con sus gritos,
Y las puertas derriba del alcázar,
Y al estrado penetra de Rodrigo.
Y vé... ¡ó furor! ve al *noble* caballero
En los brazos de Elvira apetecidos...
Pero no era su Elvira... era un cadáver,
El cadáver de Elvira yerto y frio.

Barcelona, año 1836.

A los valientes

del ejército que sostienen la causa popular.

Fantasía (2).

Un tiempo fué que los cobardes hijos
De la indolente España,
Al pié de sus tiranos,
Víctimas tristes de inclemente saña,
Sus trémulos hinojos prosternaban;
Un tiempo fue que sus miedosas manos
Plegaban con deshonra
Ante el altar del ídolo ominoso,
Y ¡ay del mortal entonces que orgulloso,
La dignidad del hombre conociendo,
A solas con su oprobio se quejaba
Y en su actitud de oprobio murmuraba!

Con el temblor postrero de la vida
Viérase al punto conveler su cuello
Del tronco separado;
Su cuello que no quiso estar doblado

A la sombra de un déspota : teñida
Se viera entonces la vendida diestra
Del criminal soldado,
Que se cebó obediente,
Para adular á su sobervio dueño,
En segar la garganta al mas valiente.

Asi fué dado su sangriento trono
Impune levantar la tiranía,
De confin á confin llevar su encono
Y de espanto cubrir el mediodia.
Ejércitos venales,
Que al rededor del solio se agolparon,
Eran el instrumento de los males
Que sobre todos sin cesar gravaron.
Los buenos, los valientes
Sus labios impotentes,
Con el baldon y esclavitud sellados,
En su vano coraje remordian;
Los ojos al ejército volvian,
Demandaban piedad á sus soldados..
Y no hallaban piedad; azotes, hierro
Las mercenarias guardias ofrecian.

Envuelto con las nubes del misterio,
Un ánjel de repente, mas hermoso
Que la noche primera de un esposo,
Entre las ruinas de la patria asoma,

Y aparece cual cándida paloma
Sobre la negra cruz de un cementerio.

Y era un jenio de paz, el ánjel era
De la fraternidad : la turba fiera
Que al déspota circuye
Estática no aparta sus miradas
De su perfecto divinal semblante;
Nadie desclava los sedientos ojos,
Ni el velo de los párpados ajita,
Ni un pecho solo á respirar se atreve,
Ni un corazon palpita.
Y el jenio anjelical baja del cielo;
Ya lentamente mueve
Sus ténues alas de color de nieve,
Ya sus pies de marfil llegan al suelo.
Y cerniéndose en torno
Del tropel cortesano,
Y del soberbio militar tumulto
Que el espantoso trono defendia,
Rasga la nube aérea dó oculto,
Cuál la rosa en su cáliz persistia.
Y en medio de la turba que le admira,
Bello y mas bello y de esplendor cubierto,
Suena arrastrando su espresion celeste,
Como suenan las cuerdas de una lira
Que pulsa el Trovador en un desierto.

O España mísera,
Cesen tus lágrimas;
Tu aurora hermosa
Renazca ya;
Y en tu tez tétrica
Sonrisa plácida,
Como la rosa,
Florecerá.

Caigan los déspotas
Con sus satélites;
De los tiranos
Caiga el sostèn;
Y al que impertérrito
Rompa la férula,
Dén libres manos
Lauro á su sien.

No triste víctima
De los ejércitos
Al libre vea
Reciente sol:
La discordia húndase;
Con fuertes vínculos
Unido sea
Todo español.

Dice, y de nuevo refuljente nube
Le envuelve y por la atmósfera le lleva,

Y desparece y sin ser visto sube;
Asi el aroma de una flor se eleva.
Y funeraria en tanto
La silenciosa noche con su manto
Encapotar la tierra pretendia,
Mas plugo al ánjel santo
Acá en España eternizar el dia.
Nunca está el sol en su nadir ¡ó Iberia!
Nunca donde hay union... ¡Patria querida!
Eres ya libre en fin; plugo al destino
Sobre tus crudas llagas
Derramar este bálsamo de vida.

Mira cuan amigas enlazan sus manos
Y al pueblo protejen valientes campeones;
Al bélico estruendo del parche y cañones
Contempla á los libres brindar á la vez.
Volar al combate, medir con villanos
Su diestra inflecsible, quien armas empuña
Promete mil veces, y en pechos acuña
El voto solemne que dicta su prez.

No son estas huestes las huestes de viles
Que contra paisanos enristran la pica;
Su jesto altanero no en ellos indica
Haber defendido caprichos de un rey.
Con sangre tan solo de infames serviles
Su acero sin mengua tuvieron teñido;

Jamas se ayuntaron al mando torcido,
Son siempre sus dueños la patria y la ley.

Mira como entre ellos audaz se revuelve
Corcel granadino que inquieto jadea,
Y el freno tascando, relincha, espumea,
Y escarba la tierra, y ajita la crin.
Y ufano del lauro que bélico envuelve
Del firme jinete la frente acerada,
Parece que augura, mirando su espada,
Las glorias futuras del gran paladin.

Que no caballero tan bravo y cumplido
Contaron los siglos en mares ni en tierra;
Es Villapedierna; su fama en la guerra
Se estiende mas lejos que un rayo de sol.
Ya oprime los lomos del bruto aguerrido,
Mas pechos protervos no trabàn batalla...
Son todos cobardes, son todos canalla,
Bastardos abortos del suelo Español.

Apenas rayaba el dia
Cuando, embainando su acero,
Se ostentó con bizarría,
Sembrando paz y alegria,
Nuestro insigne caballero.

No hay paisano, no hay soldado
Que con pecho entusiasmado

No aguarde al alto Señor,
Como amante amartelado
La cita aguarda de amor.

Ya el acero se vislumbra
Que en su taheli voltea;
Ya el penacho que sombrea
Su terso almete, columbra
La turba que le desea.

«¡Salve, de España ventura!
¡Iris de la paz futura...!
¡Salve, flor de caballeros!»
Dicen, su férrea armadura
Besando, invictos guerreros.

«Caballero mas que el Rey,
Sin mancha tu jerarquía
Brilla como brilla el dia,
Mas solo ves en la ley
La prez de caballería.»

Silencio eterno, que de nuevo el númen
Abandona el alcázar celestial,
Y guareciendo á Iberia con sus alas
Un ósculo le imprime fraternal.

De las espaldas del confin de Oriente
Se desprende un crepúsculo solar,

Que en sus cándidas alas se refleja
Como en la superficie de la mar.

Y de Villapedierna en la cabeza
Tornasola el crepúsculo tambien,
Como un íris de paz y de ventura
Pintado en los laureles de su sien.

«Anjel de paz, esclama el caballero,
«Mis promesas te rinde el corazon;
«*Guerra, muerte y horror á los tiranos,*
«*Paz á los libres, sempiterna union.*»

«Hoy mi frente jentil galardonas
«Y á la gloria mayor me destinas;
«Si faltase sin fé al juramento,
«¡Maldicion para mí! y al momento
«Haz que todas mis verdes coronas
«En coronas se truequen de espinas.»

Dijo, y al punto su solemne voto
El liberal tumulto repitió,
Y en los opuestos ángulos de España
De libertad el grito resonó:
Y amistoso sus manos enlazando
Con el paisano el militar clamó;
Guerra, muerte y horror á los tiranos,
Paz á los libres, sempiterna union.

Y palídece el déspota; su mano,
Cual si fuese de fuego, el soberano
Férreo cetro soltó;
Que del ánjel la voz queda en su oido
Como en la madre el postrimer jemido
Del hijo que murió.

Y conmovido en su sobervio asiento
Ve el pedestal temblar y el pavimento
En medio á su terror;
Pues si atiende á la gloria ya perdida,
La sombra de su hermano el fratricida
No ve con tanto horror.

El corazon fatídico le ostenta
Un negro porvenir y le presenta
Su agonía precoz;
En tanto que los aires agorera
Cruza una ave parduzca, y plañidera
Grazna con ronca voz:

«Desde el trono de Dios hasta el infierno
Dilatará la trompa del Eterno
Mi voz de *maldicion*:
Tiranos caerán de ciento en ciento,
Como hojas secas al helado aliento
De arrecido Aquilon.

Barcelona, año 1836.

A Pablo,

Que la naturaleza nos hizo iguales.

Mors æquali pulsat pede pauperum
tabernas, regumque turres.

Pablo, el mortal que su desnuda planta
Arrastra sobre abrojos,
Y arrasados en lágrimas sus ojos
Apenas los levanta;

Y el ambicioso que sobervio aspira,
Cual si le compusiera
Barro mejor, á gloria venidera
Y con desden le mira;

Y el varon mas pacífico y honrado,
Que es la virtud su amiga,
Ajeno de asechanzas y de intriga,
Y ajeno de cuidado;

Y el turbulento, el hijo de la guerra
Que oro busca en la muerte...

¡Oh! ¡cuan diversa debe ser su suerte!
¡Ay...! y todos son tierra.

Todos son tierra vil, perecedera
Ceniza, polvo frio
Que natura animó: el tuyo, el mio
A su frialdad primera

Deben volver: naturaleza en vano
A la sombra de reyes
Te deja vejetar: iguales leyes
Rijen á todo humano.

Yo nací, tu tambien: si la grandeza
Ha mecido tu cuna,
Diferencias obtienes de fortuna,
No de naturaleza.

Yo habito humilde rústica cabaña,
Tu un alcázar de piedra;
E igual á mí, confiésalo, te arredra
De la muerte la saña.

Barcelona, año 1834.

La emancipacion de la mujer.

Hombres necios, que acusais
A la mujer sin razon.
G.

Como el pobre Trovador
Que persiste encarcelado,
Sin un papel arrugado
Para engañar su dolor;

Tal debiera el hombre ser,
Sin consuelo en su quebranto,
Si no enjugase su llanto
La mano de una mujer.

Es el ánjel de consuelo
Que ha enviado al terrenal,
Para aliviar nuestro mal,
La providencia del cielo.

Sin ella el mundo es destierro;
Quien amado no la adora,

Quien nó llora si ella llora,
Abriga entrañas de hierro.

Deja de ser inocente
Por el hombre sobornada,
Y hasta es bella marchitada,
Hasta es noble delincuente.

Embriagado con los vicios,
Solo es del hombre el placer,
Y despues... ¡pobre mujer!
Parte ella los sacrificios.

Y, cual otro Redentor,
Arrostra perennes penas,
Y espia culpas ajenas
Por salvar al pecador.

Sin duda la Providencia
Tan bella la quiso hacer,
Sabiendo habia de ser
El templo de su paciencia.

¡Obra perfecta de Dios!
Yo seré menos injusto,
Si un dia formas mi gusto
Lo partiremos los dos.

Y cuando rias, tu risa
Será para mi preciosa
Cual puede serlo á la rosa
El contacto de la brisa.

Mas cuando una pena amarga
No pueda sobrellevar,
¿Podré en tí depositar
El esceso de la carga?

Si; como el grato rocio
Que vivifica el verjel,
Asi tu llanto de miel
Adulzará el pecho mio.

Acaso me abrasará
Cuando mi rostro salpique;
Mas, con un beso que aplique,
Tu boca lo enjugará.

¡O mujer! ¡ánjel divino!
Yo me prosterno y te adoro;
Tu eres un bien, un tesoro,
La salvacion, el destino.

Con tu majia celestial
Vuelves mas bella que el dia

La noche callada y fria
Que de horror llena al mortal.

¿Quién mas dichoso que el hombre
Medio dormido en su lecho,
Que oye salir de tu pecho
Voz que pronuncia su nombre?

Voz romántica, jentil,
Como el eco del piano,
Cuando hiere diestra mano
Su teclado de marfil.

De noche gozarse asido
Por un brazo torneado,
Y el contacto delicado
Sentir de un cútis bruñido;

Y al llegar la madrugada
Hallar al lado otro sér
Mas perfecto... ¡una mujer!
¡Y una mujer adorada!

¿Y fué una mujer tambien
La que, solo con caricias,
Agolpó tantas delicias
Que el lecho trocó en Eden...?

-Y el hombre te ultraja... ¡necio!
Cuando depende de tí;
Le haces feliz con un *sí*,
Infelíz con un *desprecio*.

No temas ya... ¿qué temer?
Dile al hombre mas nervudo,
«Mas que tu brazo forzudo
«Puedo yo, que soy mujer.»

«Mi lenguaje es la pasion,
«Y mi criterio el sentir,
«Y hasta finjiendo, el finjir
«Nace de mi corazon.»

«Y tiene mayor valia
«Esta ficcion variada,
«Que la erudicion gastada
«Que dá tu filosofía.»

Porque te ve resignada
De valeroso hace alarde:
Deja tu de ser cobarde
Y él embainará la espada.

Emancípate orgullosa,
Manifiesta tu poder,
Y verá que la mujer
No es esclava, sino diosa.

Barcelona, año 1836.

Al Céfiro, durmiendo Corina.

¡O céfiro! si un dia
El movimiento feble
Con que tus alas ajitaste endeble,
Mi enajenado pecho conmovia,
Bañando de alegría,
El corazon que en su interior palpita;
Hora no así; mas recio
Bate tus alas, y animoso imita
Del uracan horrísono el bramido.
¿No ves que en mi desprecio
Corina se ha dormido,
Y el nombre odioso de un rival profiere,
Y entre ilusiones á un rival alhaga?
Cefirillo, dispiértala, te ruego;
Mas impetuoso hiere
La bella rosa que en su torno vaga,
Y en incesante juego,
De mas violento impulso conmovida,
Llegue á sus labios, sus mejillas toque,

Y su enojo provoque
Tan grato sueño sacudiendo luego.

-Ya levanta los párpados, y mira,
Y á Ricardo no ve: su mano amada
Arrebata con ira
La flor preciosa que besar su cútis
Osó lasciva... ¡O rosa malograda!
Si vives otro instante
Sin esquivar las plácidas quimeras
Que á la ingrata Corina deleitaban,
Mi corazon amante
A resistir los celos
No era acaso bastante.
Frenético, llevado
Hacia el lecho de flores
Que sus cándidos miembros recojia,
«¿Dó has vuelto tus amores?»
Con indignado acento
Preguntado la hubiese...» ¡infiel! responde,
«¿Dó la promesa fué, dó el juramento
«De llevar siempre en tu interior grabado
«El nombre de ese amante desdichado...?»
Y ella entonces confusa,
Aun la sombra adorada
Llevando del objeto de sus sueños,
Ni osara dirijirme una mirada,
Cual si de azar la hubiese sorprendido
Enlazada al rival favorecido.

-Salve mil veces, céfiro bondoso,
Que asi mis justas súplicas oiste;
Salve... sí, conciliando su reposo,
La imájen de amador tan halagüeño
Torna otra vez á hermosear el sueño
De Corina; si ingrata,
El nombre de Ricardo pronunciando,
Ves que en el aire imprime
Un ósculo amoroso;
Si electrizados ves mover sus miembros;
Si, en medio á su reposo,
Entre sus labios de carmin asoma
Lisonjera sonrisa;
Si ves latir su pecho,
Conmueve, ó blando céfiro, su lecho.
Conmuévelo... y su aroma
Asi te preste la fragante brisa
De la aurora de abril; así los prados
Te comuniquen su oloroso aliento,
Y mil veces y ciento,
Por campos y verjeles,
Su grato olor las rosas
Sus matices te impriman los claveles.

Barcelona, año 1831.

Isabel y Cristina.

Canto apocalíptico.

Allí donde impertérrito,
Sobre las destrozadas medias lunas,
Alzó un monarca el trono de dos mundos
Casi cerca del sol;
Sucesores fanáticos subieron,
Y vieron
Desde su inmensa altura al español.

Y le vieron raquítico...
La distancia sus ojos engañaba,
Y harto fácil creyeron sujetarle
A su infame poder;
Y rujieron los bárbaros, su mando
Mirando
En el poder del pueblo fenecer.

No así ISABEL, la célica,
La divina ISABEL que, reflejada
Ella en ella, piadosa nos la envia

La Madre del Señor;
A nosotros igual se considera,
Venera
En nosotros la imájen del Criador.

No lo dudes, ó anjélica,
Tú eres la reina de la hermosa España,
Tú lo serás mientras seamos libres,
A pesar de Luzbel;
Que aquel que la beldad legó á tu cara
Legára
A los libres la espada de Miguel.

Que el finado del Gólgota
Trepadas ambas manos levantaba,
Y abriendo el ataud que le oprimia,
«*Cristo*, dijo, *soy yo;*»
Y la resurreccion del hijo santo
De espanto
Los secos miembros del esclavo heló.

«*Hombre*, dijo, *emancípate*,»
Y al cielo con los ánjeles subiendo,
Dejó la tierra entera perfumada
De rosa y de clavel;
Pero dos de los ánjeles volvieron,
Y fueron
CRISTINA divinal y su ISABEL.

Nuestras reinas son ánjeles
Que la embajada cumplirán de Cristo,
Al hombre emancipando que los jenios
Esclavizan del mal.
Si esta mision no cumplen, funerario
Sudario
Sea de entonces su dosel real.

¡Ah! nunca sea, reinas;
A pesar del encono
De Satan, vuestro trono
Luzca cerca del sol;
Que desde vuestra altura,
Si pequeños nos viéradeis,
Se que compadeciéradeis
Al mísero español.

Barcelona, año 1836.

Lema.

«Hijos del Cid, la patria sus acentos
Del mar del Atlas llega al otro mar,
Y la venganza demandando á todos
El furor vivifica universal.

Ella grabando en el ardiente pecho
Del que se lanza intrépido á luchar
La divisa que manda la victoria,
Santo lema de *muerte ó libertad*;

Hora abulta la sombra de los libres
Que el furor devoró inquisitorial,
Hora inocentes víctimas presenta
Clavado en ellas matador puñal.

La invindicada sombra de Yandiola
Demanda una venganza funeral,
Venganza clama en su actitud muriente
La víctima engañada en Gibraltar.

Venganza halló Padilla en Lacy y Riego;
Lacy y Riego en vosotros la hallarán,
Y vosotros, muriendo por ser libres,
Hijos libres tendréis que os vengarán.

No bastan cuantas lágrimas se viertan
Los ofendidos mánes á templar
Del infelice Cárlos, cuyo cuello
Adelgazó despótico dogal...

Yo soy su Elena, sí; yo del tirano
Ví la sonrisa atroz, ví el ademan
Con que alentaba al destructor verdugo
Que su garganta hacia rechinar.

Piedad, ó amigos de la patria mia,
La venganza os demando por piedad,
El que traspase el corazon del tigre,
Mi cariño, mi mano alcanzará.»

Era un ánjel... ¡ay! era
Elena, mas hermosa
Que la purpúrea rosa
Que se abre en primavera,

Quien con acento triste
Demandó la venganza

Que á todo pecho alcanza,
Que nadie la resiste.

Su tez descolorida
Al rigor de la pena,
Es como la azucena
Por el euro abatida;

Pero en vano su huella
Grabó en su tez la suerte,
Pues llegará la muerte
Y Elena aun será bella.

El desdichado Lúcas,
El triste hermano del perdido Cárlos
Un torrente de lágrimas
Sobre sus mánes vierte cinerarios.

El adoraba á Elena
Cual la adoraba su infeliz hermano,
Y al mismo objeto anjélico
Los dos su eterna llama consagraron.

Pero su afecto Lúcas
Al fraternal amor sacrificando,
Hundió en silencio... ¡ó mísero!
El desahogo de su amor infausto.

Sus húmedas pestañas
Sin cesar ocultaba con sus manos,
Y nunca el nombre célico
De su adorada retoñó en sus labios.

Muere el rival querido
Víctima triste de entusiasmo patrio,
Y en la morada lúgubre
Riega Lúcas los restos de su hermano.

Melancólico el buho
Elevando su vuelo al campanario,
Desde la erguida cúpula
Hiere el pecho que jime con su canto.

El pedestal blanquean
De un poderoso Dios crucificado
Fosfóricas y trémulas
Las macilentas luces de los astros.

Una vírjen, mas bella
Que el sueño mas feliz de un emigrado,
Mira la tumba... pálida
Llega, y se arroja sobre el yerto mármol.

«Lúcas, esclama, Lúcas,
¿Lloras sobre la tumba de tu hermano?
¡Mísero! que no lágrimas,
Venganza pide el desgraciado Cárlos.»

«Piedad, ó hermano del mejor guerrero,
La venganza te pido por piedad;
Vuela, traspasa el corazon del tigre,
Mi cariño, mi mano alcanzarás...
. . . . . .

De repente obedece
Las voces Lúcas de la vírjen triste,
Y la sonrisa del amor florece
Entre el jesto feroz de la venganza.
«*Por fin mia serás*,» esclama..., y viste
La armadura acerada,
Y el primer rayo del naciente dia
Ve reflejarse en la sangrienta espada
Medio hundida en el pecho del tirano...
Es ya de Lúcas la ofrecida mano.

Barcelona, año 1835.

Corina.

Fantasía.

Blanca estrella
De mi vida.
OCHOA.

De la estrella de Vénus
Los rayos postrimeros
Enseñaban apenas
Sus escasos reflejos.
Ni rapaz revolaba
El murciélago negro,
Ni las volubles hojas
Se ajitaban del fresno.
Ni allá entre las ruinas
De antiguos monumentos
El nocturno graznido
Sonaba del mochuelo...
¿Quién turba de repente
Con plañidero acento
La paz de las tinieblas?

¿Qué lastimosos ecos
Hieren mi triste oido...?
¿Si será acaso el jenio
De las tumbas...? ¿ó acaso
El encantado espectro
Que habita los escombros
De alcázares que fueron?
¿O tal vez será... es ella,
Es mi Corina... -¡ Objeto
De mis pasadas glorias!
¿Donde quier que me llevo
Es fuerza que me sigas...?
Tente, Corina; ofrezco
Antes que huir tus brazos
Rendir mi vida en ellos...
-Y voy, y apenas llegan
Anhelosos mis dedos
A su cendal undívago
Que cubre el rostro anjélico...
¡Ay de mí! los crepúsculos
De la aurora primeros
Arrancan de mis ojos
La imájen de mi dueño.

Cervera, año 1829.

Himno guerrero

C'est nous qu'on ose mediter
De rendre á l'antique esclavage?
LA MARSELLAISE.

CORO.

Guerra y sangre demanda la España,
Demandando á los libres su prez;
Con la guerra y la sangre, españoles,
Tornareis á la patria á su ser.

Cuando alienta el tirano sus hordas
Y frenético impulso les dá,
Solo á espensas de sangre se nutre
El que quiere, cual libre, triunfar:
No cual antes se espantan los siervos
Al oir proclamar libertad;
Es ya fuerza encontrarse luchando,
Y luchando morir ó matar.

Aun el sello de oprobio se ostenta,
Aun se ostenta la negra impresion

Que la planta fatal de un tirano
En la frente del libre estampó.
¿Y tan torpe ignominia enclavada
Consintiera el bizarro español?
Sangre corra; la sangre á los buenos
Por borrar su baldon les da Dios.

¡A las armas... ! no siga el cobarde;
No merece un cobarde espirar
El acero empuñando del libre,
Ni su lauro ciñendo inmortal:
De campana de muerte resuene
En su oido la voz funeral,
Si prefiere á morir en la lucha
En infame cadalso acabar.

Hienda el aire la trompa guerrera,
Y á los libres convoque á la lid;
A las armas, patriotas, corramos,
Fuego eterno retizne el fusil.
No mas baina que carne al acero;
No mas tréguas; matar ó morir:
Es mas libre el que tiene sus armas
Mas teñidas en sangre servil.

Gratos sois á la patria, valientes,
Cual ambiente dó alienta el jazmin
Que en la verde estacion de las flores

Con su aroma perfuma el pensil.
Bellas mil os aguardan ansiando;
Si en la lid con ardor combatis,
Vuestra tez lavarán polvorosa
Con sus labios de ardiente carmin.

Sangre corra y horror y esterminio,
Muerte siempre, clemencia jamas;
Es malvado el que indulta á malvados,
Crímen es, no virtud, su piedad.
Si algun dia es forzoso á los libres
Su cerviz sucumbiendo doblar,
Cuantos siervos desgarren primero
Tantos menos verdugos tendrán.

Barcelona, año 1835.

El retroceso sobre la tumba de Lopecio.

Escena fantástica.

EL FAROL.

La noche era tenebrosa,
Y el manto que la cubria
Funeral,
Con su sombra presajiosa
El horror me predecia
De mi mal.

Monótona una campana
Dió dos ó tres badajadas,
Y despues
Otra un poco mas cercana
Monótonas campanadas
Dió otras tres.

Y cada vez que era herido
El bronce del templo santo,
Con fervor
Yo trovador aflijido

Exalaba el triste canto
Del dolor.

«Sal, ó planeta de plata,
«Esclamé; da, luna hermosa,
«Claridad;
«Tanta oscuridad me mata...
«Quítate, niebla ominosa,
«Por piedad.»

Y luego la luna asoma,
Y sobre un bulto derrama,
Con capúz
Cubierto, sus rayos... toma
Mi mano el bulto, y esclama
«*¿Quiéres luz?*»

Y se desemboza, al punto
Mi semblante iluminara
Su farol,
Como el que á recien difunto
Consagran por ver su cara
Puesto el sol.

LOPECIO.

Solo á paso
De distancia,

Estendia
Su luz blanca
La lumbrera
Que llevaba,
Por mi guia,
La fantasma.

Yo temblaba...
Y acercóme
El espectro
Su luz pobre,
Contemplando
Mis facciones
Afectadas
Y en desórden.

«-Dí ¿quién eres...?
Tengo miedo...
-¿Me conoces?
¡Vive el cielo!!
-Pronto, acaba,
Fiero espectro...
-¿Quiéres verle?
-¿Qué?-A Lopecio.

EL RETROCESO.

Con su mano descarnada

El espectro mi mano ase,
Y su frialdad me imprime
La frialdad del cadáver.
«*Míralo allí*,» dice entonces
Dirijiéndome hácia un valle,
Dó ví de una cruz colgada
Un arpa llena de sabre.
«Esta es el arpa, me dijo,
«Que un dia te fué agradable
«Como el sacrosanto grito
«Qué dió la orilla de Gádes...
«¿Quiéres ver mas...?-De repente
Ví una losa levantarse,
Y veo... «el farol apaga
«Por piedad, ¡sombra..., ! la carne
«Quiere abandonar mis huesos...
«¡Lopecio muerto! ¿te places...
-Sí, me plazco en tu martirio,
«Yo soy... ¡ah! ¡si revelase
«Quien soy yo!!- «Dímelo presto;
«No tu silencio desgarre
«Mas á un infeliz...-¿Que importa,
«Si es mi idea desgarrarte,
«Si soy la destruccion misma,
«El retroceso...?-No acabes...
«-Quiero acabar... soy el diablo
«Que intenta triunfar del ánjel.

EL VIEJO.

Alzo los ojos, le miro,
Y retiro
La tez cubierta de horror,
Al ver un viejo á mi lado
Mas gastado
Que conciencia de traidor.

Por el tiempo derretido,
Convertido
En esqueleto infeliz,
El alma de ser debia
Yerta y fria
Cual de un muerto la nariz.

El calcañar adelante,
Y el semblante
Tambien jiraba al reves;
El pecho atras dirijia,
Y volvia
La punta atras de los pies.

-¿Porqué, decrépito anciano,
Con tu mano
Escarnea ya y sin vigor,
A la lucha te presentas?
Dí, ¿qué intentas
Con tu impotente furor?

Te esfuerzas, y tus conatos
Insensatos
Te asemejan á Luzbel,
Vencido y siempre orgulloso,
Tembloroso
Só las plantas de Miguel.»

-¡Ah! bien lo sé, y me consumo,
Pues presumo
Que no triunfaré una vez...
Me mordiera eternamente,
Si algun diente
Respetara la vejez.

¡Tal es mi rabia...! y pues veo
Que el trofeo
Siempre está lejos de mí;
Al menos este difunto,
Bien barrunto
Ser cebo á mi frenesí.

Entre tumbas incesante
Voy errante
Y en la mansion sepulcral,
Del *progresista* la muerte
Da á mi suerte
Un alivio sin igual.

Sus uñas amoratadas,
Aun pegadas
En la carcomida piel,
Acabo de desprenderlas
Por no verlas...
Me recuerdan su rabel!!!

LOS MAITINES.

No bien acabára, que en el monasterio
Tocar á maitines se oyó la campana,
Y viendo el anciano rayar la mañana
E.izó de nuevo su pardo capuz:
Un vislumbre apenas llegó al cementerio
Que un rincon oscuro buscando el anciano,
Aplicó á los ojos su trémula mano...
Al oscurantismo le irrita la luz...

. . . . . .

Barcelona, año 1836.

Constitucion ó muerte.

Estatuto real... negro insulto!
Parabien nos brindara el poder,
Pretestando que indignos nos mira
De que libres lleguemos á ser.
GENER Y SOLANES.

¡Triunfó el pueblo!!! si ahora
La descuidada cítara
Oso con mano impávida pulsar;
Estenderá sonora
Mis desusados cánticos
Del mar del Atlas al opuesto mar.

Tornó aquella que un dia
La Reina de las virjenes
Para poderse comparar creó;
Aquella á quien Maria
Cedió sus gracias célicas,
Y adornada con ellas nos la dió.

Miradla... ¡cuan hermosa!
En sus labios de púrpura

La libertad florece con la ley;
Brilla en su tez de rosa
La esperanza de cívico,
Y entre sus manos el poder del rey.

Tres veces ¡ay! la vimos
En las costas marítimas
De la opulenta Gádes revenir;
Tres veces prometimos
Defenderla impertérritos,
E infames la dejamos sucumbir.

Bien lo sabeis: de entonces
Horrorosos patíbulos
Se elevaron allí donde ella fue;
Y al compás de los bronces
Que rujian horrísonos
Ella pedia la perdida fé.

¡O méngua! ¿y la vergüenza
No nos arranca lágrimas?
¿Porqué sobrevivimos á la lid?
¿Será que otra vez venza
Un mercenario ejército
Los nobles hijos del soberbio Cid?

¡Ah! nunca: ya rasgado
Arrastra el manto hipócrita

El eclectismo vil que nos vendió;
Y en su rostro pintado,
Al través de su máscara,
Ya leemos los planes que encubrió.

Si aquel aliento impuro
Que respirabas fétido,
Ahijado infeliz de Satanás,
En tu pecho perjuro
No se concentra exánime,
Tu existencia con él exalarás.

Te lo predigo: en vano
Tiendes tus ojos ávidos
Al dique fronterizo del Francés;
Ya te abrigó inhumano
Dos veces con su éjida,
No en ella intentes guarecerte tres.

El tambien fuerte y bravo,
Por sacudir su férula,
Las orillas del Sena ensangrentó;
Y antes que ser esclavo
Deshojará frenético
Las palmas que le ha dado Waterlóo.

Pero si otra vez fieros
Enviasen los déspotas

Esclavas huestes de estranjero hogar;
No importa... los primeros
Caerán á nuestro ímpetu,
Que hay valor, hay razon para luchar.

Los Galos este suelo
Contemplarán atónitos
Dó fueron sus abuelos á morir,
Cuando intentó su vuelo
Tender sobervia el águila
Acá en España, sin poder subir.

«*Constitucion ó muerte*»
Clamarémos indómitos,
Y uno el grito será y uno el deber...
Escrita está la suerte...
¡No mas cadenas, bárbaros!
No es esclavo el que sabe perecer.

¡Ciudadanos! luchemos
A los pies de esta lápida
Dos veces puesta y derribada dos;
Y á la Europa enseñemos
La tercera mas válidos,
Que está en los pueblos el poder de Dios.

Gracia, *año* 1836.

La sorpresa.

Ya sé porque ayer al verme
Bajaste, Clara, los ojos,
Y á mi presencia nacieron
Dos claveles en tu rostro:
Ya lo sé... porque desnuda,
A la márjen de un arroyo,
Te sorprendí; ví tus formas,
Y fuí un instante dichoso.
Mas no te avergüenzes, Clara,
Que mientras en tu sonrojo
Cruzaste los blancos brazos
Para encubrir los preciosos
Pechos que tantos pretenden,
Y que han de gozar tan pocos;
Mientras corriendo, guarida
Te ofreció el robusto tronco
Del álamo mas vecino;
Te ví... pero te ví á modo
De una imájen que los sueños
Nos presentan ilusorios.

Porque los astros errantes
Veloces hienden y prontos
La esfera; hieren la vista,
Y húndense en opuesto polo.
Yo te ví, pero no pude
Fijar tranquilo los ojos
Para contemplar tus miembros
Con sus nativos adornos...
Me vés, te avergüenzas, huyes,
Y te ocultas como copo
De nieve que el euro rando
Lleva al torrente entre abrojos.
¿Qué debo hacer? de tus plantas
La impresion me dejas solo,
La contemplo enardecido
Y tus pisadas adoro.
Y entre las guijas diviso
Tus vestidos, y los toco,
Y entre los dedos los paso,
Y me electrizo, y me arrobo.
Y palpitando mi pecho
De amor y vergüenza lloro,
Y con lágrimas de fuego
Tus humildes huellas borro.

Cervera, año 1829.

A la memoria de mi Madre.

Llanto y no mas tus desolados hijos
Vierten sobre tu tumba;
No recojas sus lágrimas
Que te seria ingrata su amargura.

Descansa en paz; no la sombría frente
De tu esposo descubras,
Ni se paseen ávidos
Tus ojos por los surcos de su angustia.

No, buena madre, tus helados miembros
Nunca se animen, nunca
Sobre tus deudos pálidos
Eches una mirada de ternura.

Que si los vieses tú, tú que medias
Tus penas por las suyas,
Si tus manos exánimes
El mármol levantasen que te abruma;

De nuevo horrorizada buscarias
La negra sepultura,

Para plegar tus párpados
Con el sueño eternal que hora disfrutas.

Y si del trono del Señor, ornado
De tus virtudes puras,
Puede alcanzar tu espíritu
El llanto que tus hijos te tributan;

Si ves aun á tu adorado esposo,
Y cuentas las angustias
Que con su inmensa pérdida
Labró en su rostro su afliccion profunda;

Ni eres feliz en la mansion del cielo,
Ni has hallado ventura
Al lado de los ánjeles
Que el sólio eterno del Criador circundan.

Yace en tu oscuridad... ni la perturbe
Un rayo de la luna;
Ni un matinal crepúsculo
Sobre tus restos cinerarios luzca.

Ni veas un blandon; ni de la cera
Las llamas, que te alumbran,
Te manifiesten trémulas
Las pompas funerarias que te enlutan.

Ni oigas de los cipreses el susurro
Con que á la muerte arrullan;
Ni oigas sobre una lámpara
El canto resonar de la lechuza.

Solo deseo, cariñosa madre,
Que desde las alturas
Sobre mi padre mísero
Derrames una gota de dulzura

Que aduerma su dolor, y si tus hijos
Sus deberes descuidan,
Que tus virtudes célicas
Por la olvidada senda les conduzcan.

¡O la mejor de las mejores madres!
Mis plegarias escucha
Sin recojer mis lágrimas,
Que te seria ingrata su amargura.

Barcelona, año 1837.

El Pueblo

Despues de las ocurrencias del 5 de agosto.

Guar, ó pueblos, ¡siempre se os engaña!

CORO.

¿Qué les sirve á los pueblos con sangre
Sus gloriosas victorias sellar,
Si la argolla inclemente quebrantan
Para nuevas argollas hallar?

Victoriosa su frente levanta
Y murmura el tenaz catalan
Que, con sangre tirana manchado,
Busca en torno eternal libertad:
El consigue en el polvo el cadáver
De un un tirano feroz revolcar,
Pero brota otra vez de sus restos
El frenético jenio del mal.

¿Quién los fieros conatos desprecia,
Quién no aprende en el duro ejemplar
Qué le ofrecen los manes recientes
De un tirano nutriendo un volcan?
¡Elocuentes cenizas de Basa!
A la España, á la Europa enseñad
Como el pueblo derriba el orgullo
Del que quiere con pueblos luchar.

¿Y aun hay déspotas, pueblos? ¿aun jimen,
Arrancados del plácido hogar,
Los primeros que osaron mas bravos
El torcido eslabon quebrantar. . ?
¿No los veis? esos mismos que un dia
El acento ensalzó popular,
Adornados con vuestros laureles
Os conceden en cambio un dogal.

Lejos, lejos ¡ó ingratos! no padres
De este pueblo infelice sois ya,
De este pueblo que leyes os pide
Y prisiones tan solo le dais:
No escucheis mi patriótico acento,
No al clamor atendais jeneral,
Si, cual otro Toreno, os complace
Ver estragos, furor, mortandad.

¡O ISABEL! ¡hija digna de aquella

Que á la patria repuso en su altar!
Tú eres reina; los pueblos te adoran,
Y mil veces por tí morirán.
Rejenera las leyes pasadas
Que con ellas feliz reinarás;
Tú eres reina si el pueblo no es siervo,
No eres reina si no hay libertad.

Barcelona, año 1835.

A Mata.

Cancion del fujitivo.

¿Dó estás? infeliz amigo,
¿Dó ansioso tiendes los brazos?
¿Dó están los antiguos lazos
Con que me quieres ceñir?
¡Triste! si soy condenado
A no ver mas tu presencia,
Aborrezco la existencia
Que me guarda el porvenir.

Frájil bombarda de un sardo
Me condujo fujitivo,
Y ceñudo y pensativo,
Reclinado en su mastil...
¡Adios, Mata! ¡adios! mil veces
Clamó mi oprimido aliento,
Y la vela que hirió el viento
Repitió adios otras mil.

Fijé en las ondas los ojos;
La barba clavé en el pecho,
Y la mano con despecho,
Como si asiese un puñal,
Apenas la levantaba
La bajaba de repente,
Deseando hundirla inclemente
En el autor de mi mal.

Rumor de vientos lejanos
La borrasca precedia,
Que robó al astro del dia
Los destellos de su luz;
Y á mi lado un pasajero,
De un recio clave amarrado,
Me pareció ajusticiado
Que se ampara de una cruz.

Llega el uracan: las aguas,
Que en torno mio se ajitan,
El sordo rumor imitan
De una masa popular;
Palidecen los mas bravos
Con el horror de su suerte,
Que el viento es nuncio de muerte
Y sepultura la mar.

La chusma amayna las velas,

Y al ver que el puerto es remoto
Con dos manos el piloto
Toma el indocil timon...
«¡*Muramos*!» clamo yo entonces,
«Patria mia, soy contento
«Si dice mi último aliento
«VIVA LA CONSTITUCION.»

Lució el sol, volví los ojos
En lontananza hácia España,
Y el mar que sus playas baña
No mas mi llanto acojió...
Mil cánticos de algazara
Resonaron en la orilla,
Porque abordaba la quilla
Al suelo de Mirabeau.

Yo le bendigo; en su seno
Me da mejor acojida
Que esta España filicida,
Mi madrastra, madre no;
Que una madre, tú lo sabes,
Piadosa sus hijos ama,
Y no proscribe, no infama
A los buenos que enjendró.

No sé si es piedad del cielo
Quien la vida me conserva,

O si acaso me reserva
A mas crudo padecer :
A los vientos, á los mares
Ya les ha vuelto su calma...
Pero ¡ay, amigo! á mi alma
¿Quién se la puede volver?

En las márjenes del Sena
Veo elevarse edificios
Que recuerdan los propicios
Dias del gran Capitan;
Pero de mi pobre madre
Las entrañables caricias,
Que formaban mis delicias,
Amigo mio, ¿dó están?

¡Buena madre!!! tú que mides
Por el tuyo mi tormento,
Y conoces lo que siento
Cuando estoy lejos de tí;
Si dos lágrimas te quedan
Despues de tantas vertidas,
Suéltalas enardecidas
Para que lleguen á mí.

De color de nieve veo
Acá en el Louvre mil bellas,
Y en el cielo mil estrellas,

Mil flores en el jardin;
Pero aquellos ojos negros
No encuentro que me miraron,
Ni los labios que me hablaron
Mas rosados que el carmin.

¡Prenda mia!!! tú que sabes
Cuan prosternado te adoro,
Y cuan amargo es el lloro
Que vierto lejos de tí;
Si en tu corazon la ausencia
Solo un latido ha dejado,
Quedaré recompensado
Si lo guardas para mí.

Sangre no ignoble aquí veo
Hervir del libre en las venas,
Mientras muerde las cadenas
Que la perfidia labró;
Pero en su reaccion violenta
No veo al valiente amigo
Que, ardiendo en furor, conmigo
Muerte ó *Libertad* gritó.

Amigo, tú que en mi frente,
Ajena siempre de pasmo,
Has leido el entusiasmo
Que hice llegar hasta á tí;

Aguarda ahora, que un dia
Vuelto á mi seno querido
Darás el grito debido
Y morirás junto á mí.

Sí; lo darás, y esta gloria
Tal vez refleje en la mia;
Pero si en un mismo dia
No podemos perecer,
Con la leccion de tus hechos
Seré mas bravo, mas fuerte,
Y vendré á vengar tu muerte
Por la mia merecer.

Paris, año 1836.

A M. M.***

El perdon.

Parcendum est animo miserabile vulnus habenti.

Perdon, ánjel del cielo,
Si mi pecho celoso
Con infundadas quejas te ofendió;
Perdon si en mi delirio
Frenética la pluma
Con torpes rasgos deslució el papel.

Yo las aras sagradas,
Espíritu celeste,
Las aras profané de tu virtud:
Sacrílegas sospechas
Hollaron injuriosas
Los templos erijidos al pudor.

Si, tarde arrepentido,
No á conmoverte basta

De mis tristes plegarias el fervor;
Si las làgrimas mias,
Si àridos mis suspiros
Tu corazon no pueden ablandar;

Ahogaré la llama
De esa existencia inútil
Que à tu càndido culto consagré;
Y los ardientes labios
Que aplicaba à los tuyos
Exalaràn su postrimer adios.

¡Y que...! ¿pudiera acaso
En tu pecho sensible
Estrellarse el acento del dolor?
No, ¡vírjen! la induljencia
De la virtud amiga
La impresion sigue de su leve pié.

¡Perdon! que ya mis manos
Entrelazan las flores
Que ceñiràn tu candorosa sien:
¡Perdon! que ya mis labios
Anhelan afanosos
El ósculo imprimirte conyugal.

Lérida, año 1834.

El Bandolero catalan.

Canto social.

Y ellos no ven
Que yo soy de la imájen divina
Copia tambien.

ESPRONCEDA.

Con su trabuco en la mano
Y la faja en su cintura,
Que solo la empuñadura
Permite ver de un puñal;
Entre pitas, de cuclillas
A la orilla de un sendero,
Jordá acecha al pasajero
Con ansiedad infernal.

Lleva una manta rasgada
Del hombro izquierdo pendiente,
Y sombreada la frente
De un pañuelo de color;
Y en las órbitas hundidos,

Entre los párpados rojos,
Muestra el blanco de sus ojos
Con fosfórico fulgor.

Entre los dientes sujeta
Quemada pipa de barro
Y la mitad de un cigarro
Entre la oreja y la sien:
Fija el solícito oido...
Mira atras, mira adelante,
Y blasfema del Infante
Que nació pobre en Belen.

«Jesus compasivo, que al mundo veniste (1)
«Redentor del hombre, reniego de tí,
«Y del Padre Eterno que gastó seis dias
«Un mundo creando donde yo nací.
«Cierto que la obra de priesa la hiciste,
«Dios omnipotente, por eso salió
«Perfecta cual vemos... á oscuras la harias,
«Y mejor á oscuras hiciérala yo.»

(1) *Nota de la Redaccion.* Para evitar siniestras interpretaciones, advertimos muy formalmente que esto lo dice el *vandolero* y no el *poeta.* Y no es este un efujio buscado con malicia, no: á los neciamente incrédulos les recordaremos los màrtires de Chateaubriand, las maldiciones à la Divinidad que se leen en el libro de Job, y el canto IV de la Jerusalen del Tasso. A fé que à los primeros nadie les tildarà de maliciosos, y al último tampoco, sino es algun furioso sistemático de la escuela del materialismo.

«Infame tierra, mundo corrompido,
Hombres de maldicion;
Quizás al ver á un infeliz bandido
Creeis que alberga en pecho envilecido
Impuro corazon.»

«Todos huis de mí, y al opulento
Que roba mas que yo,
Acaso le bendice vuestro acento
Mientras le mendigais el alimento
Que él mismo os defraudó.»

«Por vos tan solo la miseria es crímen
Que cubris de baldon;
Y al rico, cuyas manos os oprimen,
Vuestros pechos injustos le redimen...
¡Os roba y no es ladron!»

«Jesus compasivo, que al mundo veniste
«Redentor del hombre, reniego de tí,
«Y del padre Eterno que gastó seis dias
«Un mundo creando donde yo nací.»

«Si con el crímen rico ser un dia
Pudiese conseguir,
El crímen con el oro borraria,
Y la sociedad toda escucharia
Mi nombre bendecir.»

«¿Pensais que en otro tiempo no sentia
Cual vosotros sentis?
¿Y qué de amor la llama no nutria,
Y que una senda llena no veia
De rosas y alhelies...?»

«¡Y un amigo tambien...! ¡amigo infame!
Teme mi frenesí:
Cuando tu sangre ¡pérfido! derrame,
Cual la del cazador el tigre lame,
Lamerla prometí.»

«Jesus compasivo, que al mundo veniste
«Redentor del hombre, reniego de tí,
«Y del Padre Eterno que gastó seis dias
«Un mundo creando donde yo naci.»

Lejos en esto se oyeron,
Mientras la noche callaba,
Resonar de las colleras
Las ensartadas campanas.
No resuella el bandolero;
Bajo las pitas se agacha;
Teme la ocasion que busca,
Y su trabuco prepara
Ya el sordo crujir se escucha
De las ruedas; ya cercanas

Suenan mas y mas... ya llegan...
El bandido se levanta.
«Alto, zagal, alto aquí;
«Pronto, el dinero ó el alma;
«Si quieres salvar la vida,
«Venga conmigo la plata.»
-El conductor obedece,
Que un trabuco se lo manda,
Y la boca de un trabuco
Es la boca de un monarca.
En el rayo de una rueda
El bandolero le amarra;
Toma una lámpara, y abre,
Mira y rejistra... «¡Venganza!
«Este es mi amigo... ¡ó fortuna!
«Este el que robó á mi amada...
«¡Y él la goza porque es rico... !!»
-El puñal del cinto saca,
Y una mujer se interpone
Al golpe cruel que descarga...
¡Y es bella! ¡y es su querida!
¡Y murió...!-El hierro desclava...
De una puñalada sola
Dos víctimas vé inmoladas.
Pálido, en el puñal mira
La sangre de dos mezclada,
Y con infernal sonrisa
Así, chupándola, clama:

«Feliz me has hecho un instante,
«Apetecida venganza...
«Esto es gozar demasiado;
«Bendigo la puñalada...
«Ven, verdugo; cuando suba
«Del patíbulo las gradas,
«Cuando el crucifijo bese,
«Cuando tu mano versada
«Tuerza el dogal en mi cuello,
«Saldrá una voz quebrantada
«De mi pecho, bendiciendo
«Esta postrer puñalada.»

Burdeos, año 1836.

Los deportados de enero

A las islas Canarias.

¡ Dieu guide au pauvres exilés... !
LA-MENNAIS.

Dos hermosas del cielo descendieron
Niñas aun, mas puras
Que una idea infantil, mas que la brisa
Que ajita la flotante cabellera
De jóvenes guerreros
Dictando libertad con sus aceros.

Libertad y *Virtud*: las dos nacieron
Del seno bendecido
Que diera vida al Redentor del mundo,
Las dos vinieron á salvar la tierra...
¿Las vistes tú? te engañas...
¿Libertad y virtud en las Españas?

Viéronlas los proscritos, sí; sus frentes
Pudieron reclinarse

Contra el tronco feraz de una palmera;
Cojieron dulces dátiles sus manos;
En estranjero suelo
Vieron pintada la bondad del cielo.

«¿No es verdad?» se decian, «esta tierra
Es tierra de ventura;
Los blancos rayos de la luna hermosa
¡Que porvenir poético descubren
A las piadosas almas
Que gozan ¡ay! este jardin de palmas!

Una pausada lágrima en seguida
Regaba la memoria
De sus esposas, de sus tristes hijos;
El golpe horrible percibir creian
De la pesada aldaba
Que un mercenario esbirro atormentaba...

¡Noche fatal! ¡noche de llanto...! nunca
Salgas del pobre pecho
De los proscritos; que al mirar sus brazos
Y al recordar la cuerda ensangrentada,
«*Maldito Alvarez sea*»
En sus facciones lívidas se lea.

Maldicion, si; su acento
Pronunció: en ronco son

Bramaba recio el viento
Y las palmas heria,
Y el dátil que caia
Decia *maldicion*.

Y aquella tierra del cielo,
Tan parecida al altar
Donde Maria á los pobres
Abriga con su cendal,
El llanto que á los proscritos
Arrancaba su pesar,
Recojia bondadosa
En su seno virjinal.
Y es fama que estremecida,
Como la jóven beldad
Que mira á su Caballero
En brazos de una rival;
Al oir el nombre infame
Del déspota resonar,
Aprobó las maldiciones
Del proscrito Catalan...
¡Ya partieron!!! cuando el cielo
Les volvió la libertad,
Y las lonas les guiaban
Hácia su suelo natal;
Las hermosas de Canarias,
Allá á la orilla del mar,

Las emociones del pecho
Reflejaron en su faz.
«Hermanos nuestros, dijeron,
Pliegue á Dios que el vendabal
Os vuelva pronto á la orilla,
Y libres de todo mal.
Id, víctimas del arbitrio,
Seguid vuestra ruta en paz;
Vuestras esposas queridas
Sus brazos os tienden ya.
Idos... sus besos ardientes
La memoria borrarán
De vuestros padecimientos...
Seguid vuestra ruta en paz.
Y si otro dia... ¡no llegue!
De vuestro tranquilo hogar
Os arranca el despotismo,
Tornad, proscritos, tornad:
Cual los brazos de la Vírjen
Nuestros brazos se abrirán,
Y un bendito escapulario
Lícito os será alcanzar.
Nada mas os ofrecemos
Que un regazo de cristal,
Y con mano compasiva
La mitad de nuestro pan.
Id, víctimas del arbitrio,
Seguid vuestra ruta en paz;

Vuestras esposas queridas
Sus brazos os tienden ya.
La *maldicion* que vertisteis
Nuestros hijos legaran,
Y eternamente en Canarias
La *maldicion* bramará,
Como la trompa del ánjel
En el juicio final,
Emplazando ante el Eterno
Al descendiente de Adan.
Id, víctimas del arbitrio,
Seguid vuestra ruta en paz...

Barcelona, año 1836.

A Matilde.

Tu sola el arte adivinar supiste
Que los afectos acalora y calma.
MORATIN.

Yo amaba, Matilde, un dia,
Y era loco de esperanzas,
Y mi corazon latia
Acompañando en las danzas
El pie jentil de las vírjenes
Que hacen gala de sus pies;
Y entre todas la mas bella,
La de la tez mas hermosa,
Que sobre todas descuella
Como tú, cuando orgullosa
Sentada en el trono espléndido
De Enrique octavo te vés (1);

«Yo te amo», con tierno acento
Me dijo, «yo enamorada

(1) Alude à una de las mas bellas escenas de Catalina Howard, perfectamente desempeñada por Matilde.

Un no sé que por tí siento
Mas dulce que la mirada
Del niño que posa plácida
En el rostro maternal;
«Yo te amo...» ¡quien lo creyera!
Mientras amor prometia,
Me engañaba ¡la hechicera!
Decia amarme y mentia...
Pero ¿qué importa? yo crédulo
Bebia un amor real.

Y desde entonces la ficcion ha sido
Querida para mí, como es querido
El sueño desleal,
Que engaña al emigrado
Y le muestra engañado
Su horizonte natal.

Y cuando en mis mejillas imprimia
Un beso mi adorada, yo sentia
El placer del amor;
Placer que ni se ofrece
Al ànjel que se mece
Mas cerca del Señor.

Y desde entonces mi encantada lira
La májia celebró de la mentira

Con blando suspirar;
Pues formó mi ventura
Una mujer perjura
Que me supo engañar.

¡No viniera tan pronto el desengaño.
A descorrer el velo, dó mi daño
Un dia se ocultó!
Y la lira arrobada
Sonara fascinada
Como entonces sonó.

-¡O Matilde! ¡amable objeto
Del mas amable cantor!
Sosiega mi pecho inquieto
Con una gota de amor.

Finje que me amas... ¿quién puede
Finjirlo mejor que aquella
Que hasta á sí misma se escede
Si quiere finjirse bella.

¿No es ella la que ha podido
Tanto en un vate influir,
Que su májia ha embellecido
Su sombrío porvenir? (1)

(1) Hace alusion al *Mi porvenir* de Mata, composicion que señala perfectamente las circunstancias que la dictaron, y que es bien conocida de todos los amantes de la literatura moderna.

¿No es ella la que da encanto
Positivo á las quimeras?
¿La que con mentido llanto
Arranca llanto de veras?

Si me amase, en armonía
¿Que igualara á mi laud?
Hasta armonioso seria
Puesto sobre mi ataud.

¡O Matilde! ¡amable objeto
Del mas amable cantor!
Derrama en mi pecho inquieto
Algunas gotas de amor...

¡De amor...! ¡ó Matilde! no;
Perdona, yo te he ofendido;
Bien sé que te ha merecido
Mejor trovador (1) que yo.

Cuando la rosa inflamada
Cierre su encendido broche,
Fija una triste mirada
En el astro de la noche (2);

(1) Julian Romea, artista de un mérito eminente, esposo de la célebre actriz.

(2) Se refiere à *la luna* de Romea, composicion que es de las mas brillantes que cuenta en su jénero el siglo XIX.

Y esta mirada de amor
Allí sea confundida
Con la mirada aflijida
De tu ausente trovador.

Mas ¡ay! ¡te vas!!! (1) de mi llanto
Si una gota te acompaña,
No habrá poeta en España
Que me aventaje en el canto.

Vuelve, vírjen de bondad,
A tu amador entusiasta,
Que al Laletano le basta
Una finjida amistad.

Finjela, pues, y volverá el engaño
Para correr el velo dó mi daño
Un dia se ocultó;
Y la lira arrobada
Sonará fascinada
Como entonces sonó.

Barcelona, año 1837.

(1) Este canto se compuso algunos dias antes de partir Matilde à Madrid, donde la llamaba su esposo y su mérito sobresaliente.

El Trovador al Paladin.

¿Qué hay de comun en los dos?
Hablais al conde de Luna,
Hidalgo de pobre cuna.
GARCIA GUTIERREZ.

Escena caballeresca.

Vos, que blasonais de hidalgo
Y que la lanza enristrais,
Aguardad un poco y salgo;
Si esta molestia os tomais,
Os haré ver lo que valgo.

Si amor buscais en la fuerza
Cierto os será malandanza;
Con el bote de una lanza
Ya no hay pecho que se tuerza...
Guardad, pues, vuestra pujanza.

Guardadla, que en la batalla
Acaso tenga valía;
Aqui no, que no se fia

Amor de cotas de malla...
El no es de caballería.

Que mas vale mi cancion
Que el temple de vuestra espada,
Que el trote de este bridon...
Mas que nobleza heredada,
Mas que vuestro corazon.

«¿Por rival un trovador
«Sin título, sin fortuna,
«Cuando es tan alta mi cuna,
«Que la meció por su honor
«No sé si el sol ó la luna?

«Si le sorprendo en sus brazos,
«Con mis dedos... ¡vive Dios!
«He de arrancar á los dos
«El corazon á pedazos...»
-¿Esto lo dijisteis vos?

¡Caballero! otro lenguaje
Seríavos menester,
Que no soy yo vuestro paje...
¿Quereis saber mi linaje?
Mi madre fué una mujer.

¿Porqué de la hermosa Elvira

Quereis fijar las miradas,
Así denostais mi lira
Cuando por ella suspira
Las trovas mas delicadas?

Escritas muchas canciones
Guardo en papel superfino,
Que no envidian los blasones
Que vosotros, señorones,
Conservais en pergamino.

Los dos á Elvira... veamos
Quien lleva la primacia:
Elvira está allí... pues, vamos,
Nuestro homenaje rindamos,
Lauros vos, yo... poesía.

-¡O acaso! la hermosa Elvira,
De su Inés acompañada,
En este instante abandona
Los umbrales de su alcázar.
La vé el paladin, y siente
Bajo la cota de malla
Latir aquel fuerte pecho
Que no late en las batallas.
«Rendido estoy, bella Elvira,
«Y me arrojo á vuestras plantas;
«Sed fiera de este momento,

«Que aquel que ni al rey acata,
«Que ha saltado victorioso
«Dos mil veces dos mil vallas,
«Y el sabre de los palenques
«Ha llenado de sus cañas,
«Se rinde á vuestro talante
«Para deciros que os ama.
«Recibid esta corona,
«Hermosa Elvira, y guardadla,
«Que la reina os tendrá envidia
«De una posesion tan alta.
«Esta corona le cuesta
«Veinte botes á mi lanza,
«Dos caidas al caballo
«Y al pecho tres estocadas.
«Porque Tellez de Medina,
«Paladin de tanta fama
«Que no cuenta un solo moro
«Que le haya visto la espalda,
«Harto preciado de bravo,
«Se atreviera á disputarla...
«Pero este brazo, Señora,
«Le dió una leccion amarga.»

Toma apenas su corona
La querida castellana,
Cuando llega á sus oidos
El lánguido son de un arpa.

Avida clava los ojos
Allí donde tiene el alma;
En el trovador dolioso
Que sus afectos exhala.
Y corre á él de amor ciega,
Y la corona envidiada,
Que el paladin le tributa,
Al rival cantor regala.
Desde entonces el hidalgo
Lleva visera calada,
Porque no osa de vergüenza
Dar al público su cara.
Y el trovador desde entonces,
Debajo de la ventana
De su bella Elvira, entona
Las trovas mas delicadas

Barcelona, año 1837.

La cruz del desierto.

¡Allí! en la desierta arena
Una losa funeraria
Y una cruz...

ROMEA.

Cruz miserable, catafalco triste,
Del catafalco del Señor diseño,
Los recuerdos que brotan de este leño
Vienen dentro mi pecho á florecer.
Alguna espiga pálida, muriente,
Besada raras veces del ganado,
Algunas yervas frias á tu lado,
Sin vida casi, sin poder crecer.

¿No eres tú el lema del Señor del mundo
Que te llevó en sus hombros al calvario,
Cuando cubrió su tez con un sudario
Para dar vida al sucesor de Adan?
¿Las luchas no recuerdas del creyente?
¿No recuerdas la sangre con que el hombre
Escribió un dia de Jesus el nombre
Y las letras borró del Alcoran?

¿No eres tú la bandera vitoreada
A cuya sombra intrépidos los fieles
Sus frentes coronadas de laureles
Guarecieron tras siglos de opresion?
Mira á Pelayo levantar un trono
Sobre hollados turbantes : por tí un dia
Un mundo que en la férula jemia
De libertad enarboló el pendon.

Y ni inscripcion, ni pedestal... tres piedras
Desiguales, musgosas en tu base;
Ni un peregrino místico que pase
Y te dirija un rezo de piedad.
¿Quién yace aquí? ¿que indica este madero?
Temiendo del incrédulo el sarcasmo,
Tal vez aquí le puso el entusiasmo
De un corazon sin mancha de maldad.

Con sombrio semblante, del color de la muerte,
Con paso mesurado, paso tranquilo, inerte,
Luego llegó
Un pobre peregrino, con una vestidura
Que donde no un andrajo mostraba una costura
Y se postró.

Y la cruz besó tres veces,
Y traspasado de pena

Con una caña en la arena
Esta inscripcion bosquejó.
«Aquí, bajo esta cruz, yace
«Un proletario infeliz;
«La miseria de la vida
«La muerte la copia aquí.»

Y es así, que en la morada
Sepulcral del proletario,
No se vé brillar el oro
Que en vida no ha disfrutado.
¡Fue virtuoso, y ni un emblema
Sobre un pedazo de mármol!
¡La virtud sin la riqueza
Ni deja un recuerdo grato!
Hay dos muertes bien distintas,
Una que tiene aparatos
De ostentacion y de orgullo,
Mil libreas, mil lacayos,
Y otra muy seca,
Llena de harapos.

Y cegándome la rabia
Tropezé con seis caballos
Que, de sus venas abiertas
Sangre perenne manando,

Cabizbajos precedian
A enlutado cenotafio.
Y leí con letras blancas
Sobre un paño funerario :
El virtuoso y noble Duque
Pasó al eterno descanso...
Y era... ¿quién era... ? el infame
Asesino de su hermano.

Lyon, año 1836.

A Larra.

Que el poeta en su mision
Sobre la tierra que habita,
Es una planta maldita
Con frutos de bendicion.

ZORRILLA.

Es ultraje la mirada
De los que pasan la vista
Por tu sien ensangrentada
Si alma no tienen de artista.

Y los que no vierten flores
Sobre tu lecho de muerte,
Larra, no son trovadores,
No han podido comprenderte.

No tienen, como tu tienes,
Un pecho lleno de amor,
Ni han sufrido los vaivenes
De este mundo engañador.

Mas yo que arrobado y ciego
En otro tiempo estrechaba
Contra mi pecho de fuego
A una mujer que adoraba ;

Y hora, proscrito en el mundo,
No hay un sueño de alheli,
No hay un eco moribundo
Que me indique lo que fui;

Sobre tu tumba me inclino
Por ver en tu suerte aciaga
Los preludios de un destino
Que tan de cerca me amaga.

¡Ni una mujer que descienda
Al fondo del alma mia!
¡Ni un amigo que me entienda!
¡Ni una sola simpatía...!

¿Piensas que, cual tú, no anhelo
Arrancar mi amarga vida
De este círculo de yelo
Que la mantiene oprimida?

Solitario anacoreta
Entre la turba vulgar,
¿Qué puede un pobre poeta
En este mundo esperar?

Abiertos siempre á su lado
Los horrores de un abismo,
Siempre yerto, siempre helado
Del mas frio escepticismo,

¿Dónde está la sociedad?
¿Es esto que le aborrece?
¿Esto que solo le ofrece
Desencanto y soledad?

Sí, soledad... esos entes,
Esos bultos diferentes
Son de un mundo material;
No comprenden del poeta
El alma que busca inquieta
Una esfera celestial.

Porque en este mundo frio
Siente un inmenso vacío
Que nunca puede llenar;
Y vive en el ignorado
Como estranjero lanzado
Al otro confin del mar.

Pobre poeta,
Descansa en paz;
Si algun insecto
Roe voráz
Tu cuerpo frio...
Descansa en paz;
No te recuerde
La sociedad.

Barcelona, año 1837.

El beduino.

Entre dos datileras, embozado
El cuerpo con un mísero alquicel,
Un beduino de color de bronce
Siente del pecho rebosar la hiel.

Sus caninos de fósforo rechinan
Cual los colmillos del hambriento can,
Cuando buscan la médula de un hueso:
Bajo la lana oculta un yatagan (1).

Este es el primer hijo de Mahoma,
El mas creyente, el rencoroso Alí,
Que se complace en observar cortada
La caliente cabeza de un Rumí (2).

De cuando en cuando sus miradas fija
En las torres de Arjel... tiembla de horror

(1) *Yatagan.* Arma de que usan los Africanos.
(2) *Rumi.* Europeo.

Cuando vé en estas torres levantada
Del francés la bandera tricolor.

Y cada vez que observa el desdichado
Esta enseña ominosa alzarse allí,
Con su terrible yatagan sacude
Un golpe en la cabeza del Rumí.

Del pecho la amargor pasa á los labios;
Los ojos fija en el celeste azul,
Y vertiendo dos lágrimas invoca
Al profeta que rije en Stambul (1).

«Temblad, hijos de Cristo: vuestra sangre
Mi quebrantado pecho soldará,
Y el hórrido estertor de la agonía,
Que tan cerca teneis, me arrullará.»

«¿Veis nuestros marabuts (2)? allí bebiendo
La sangre con el cráneo de un francés,
Mostrará el inspirado de Mahoma
Vuestro infame pendon vuelto al reves.»

«El besth abrasador de nuestras playas
Vuestros cuerpos de yelo encenderá,

(1) *Stambul.* Constantinopla.
(2) *Marabuts.* Asi llaman à sus mezquitas las tribus errantes del Africa.

Y el besth (1) abrasador, vueltos ceniza,
A la tierra de Cristo os tornará. »

Acaba apenas el odioso Moro
De vomitar su horrible imprecacion,
Cuando el grito de amor de una Africana
Abre brecha en su ardiente corazon.

Y allá, con un francés, mira á su esposa
Un amoroso beso recibir...
Venganza aullá... en su terrible diestra
El fiero yatagan se vé lucir.

Ya se cumplió de Alí la profecía...
Muerte al Rumi respira. . . . . .
. . . . . .

. . . . . un sol despues
Bebia el inspirado de Mahoma
La sangre con el cráneo de un francés.

Montpellier, año 1836.

(1) *Besth* ó semoun. Viento ardiente y destructor que reina en Africa.

El alma del poeta.

Yo siento acá en el corazon un fuego
Que los demas no sienten.
MATA.

Nunca estinguirá el sarcasmo
Del que reposa en la calma
De la materia, de mi alma
El encendido volcan.
Soy poeta... el entusiasmo
Que inspira este dulce nombre
Es el que Dios legó al hombre
Encantado talisman.

Yo, como el astro del dia,
Abarco climas lejanos :
Ya veo de los Cristianos
El alfanje triunfador ;
Ya mi ardiente fantasía
Salva las vastas rejiones
Dó se acatan los pendones
De los hijos de Almanzor.

Porque el alma del poeta
Que hora al Kremlin se levanta,
Luego en Santa Helena canta
La muerte del Capitan.
Y hora del anacoreta
Recorre la parda hermita
Y hora la rica mezquita
Columbra del musulman.

Sigo al místico palmero
Por la arena del Oriente
Cuando su pie penitente
Le lleva á Jerusalen:
Tal vez al rayo postrero
Del sol vé el término ansiado,
Y enjuga el sudor cuajado
Que mancha su humilde sien.

Ya veo, en la cruz clavado,
A Dios-Hombre moribundo
Agotar, por bien del mundo,
Su florida juventud;
Ya, en mi retrete encerrado,
Me muestra la blanca luna
Tal vez de un hijo la cuna,
De una madre el ataud.

Hay todo un Dios que me inspira

Fuertes, sublimes pasiones,
Y me ajitan emociones
De otro mundo superior:
Mi pecho un aire respira
Lleno de vida y esencia,
Y alimenta mi existencia
Un principio abrasador.

Que descanse en la muralla
Sentado en una cureña,
Que descanse en una peña
Allá á la orilla del mar;
Mi frente hierve y estalla
En mi ardiente fantasía,
Y torrentes de poesía
Siento del cielo bajar.

Ya, cual soldado aguerrido
Que ve humillado el imperio,
Lloro el triste cautiverio
Del vencedor de Austerlitz;
Ya, cual rico arrepentido
Que ve próxima su muerte,
Lloro la maldita suerte
Del proletario infeliz.

Dormido en mi blando lecho
Venzo en las lizas al Moro,

Y cojo entre sueños de oro
Mil coronas de laurel;
Y palpitando mi pecho
Con el dia me levanto,
Y veo el soñado encanto
Trasladado en el papel.

Y escucho la cantinela
Que al compás de mil clarines
Dedica á los paladines
Entusiasta trovador:
Y veo á mi bella Adela
Que es la reina del torneo,
Y junto á sus rizos veo
El premio de mi valor.

¡Poéticas ilusiones!
Sois el maná de este mundo,
Sois el árbol mas fecundo
Que ha plantado el Eternal.
A los puros corazones
Dais el fuego de la vida,
Y haceis del alma querida
La morada corporal.

Con el alma solamente
Disipaos... mas hermosa
Es la quietud de la losa

Que una existencia vulgar.
Nunca mi espíritu ardiente
Pierda su parte de fuego...
¡Que aborrecido sosiego
Existir sin delirar!

¡Existir sin ver soñando
Jardines, piedras preciosas,
Aureolas luminosas,
Una fuente, un olivar...!
¡Un puerto que reflejando
La luz de un bajel lejano,
Parezca que estraña mano
Fuego ha pegado á la mar!

Poetas, conserve el cielo
Esta májia encantadora,
Y quieto yazga en buen hora
Quien ni os comprende, ni os vé...
A otra esfera os alze el vuelo
De vuestro noble entusiasmo,
Donde no oigais el sarcasmo
Del que quede á vuestro pie.

Barcelona, año 1836.

La madre del Trovador.

Y el infeliz Trovador
En esta tierra de yelo,
No ha de hallar otro consuelo
Que sarcasmo á su dolor.
MATA.

¡Una madre... ! una mujer
Que del punto en que nací
Sobre mi frente sentí
Su tierna mano correr;

«Crece, joya de mi amor,
«Tú serás feliz» decia...
¡Mi madre no conocia
La suerte de un trovador!

Cuidadosa, esperanzada,
Veia rodar los años
De mi existencia rozada
Sobre este mundo de engaños.
Y cuando en mi pobre lecho
Mas tranquilo descansaba,

Su blanda mano aplicaba
A la izquierda de mi pecho.

«¿Que sueña...? ¡sueño infantil!
«No en oro sueña ni en plata;
«No, que sueña en su fusil,
«Su espada de hoja de lata.»

Ya en esto mi madre vió
Preludios de un desvarío;
«Toma una lira, hijo mío,
Me dijo, una espada no.»

«No te vea en el combate
«Dar crédito á tu valor;
«Si tu pecho jóven late,
«Sea el latido de amor.»

«Siempre cándido, inocente,
«No á la humanidad infiel,
«Ensangrentado laurel
«Ensoberbezca tu frente.»

Creci... y oyeron las bellas
Las caricias y querellas
Que prodigaba el arpa del amor:
Y á mi madre envanecia

Mi dulce voz, y decia :
«¡Que dicha! es hijo mio el trovador.»

-Trovador y sin fortuna,
Tan pobre como la cuna
Donde ha nacido el hijo de Maria;
Madre, no quiero cantar,
Porque nunca podré hallar
En el mundo una sola simpatía.

«Canta, replicó mi madre,
«De mis entrañas pedazo;
«Canta junto á mi regazo...,
«Te escucha mi corazon :
«Canta, que tu voz me llena
«De un inefable recreo...
«No es mas grato para el reo
«Sobre el cadalso el perdon.

¡Ay! y canté, y el eco mas sentido
Que ha brotado jamas de mi laud,
No lo escuchó mi madre, no... tendido
Ví junto á mí su lúgubre ataud.

Paris, año 1836.

Los últimos momentos del poeta.

¡Pobre poeta... !
SALAS QUIROGA.

¡Una pluma...! por Dios, dadme una pluma,
Debo aun por mi gloria trabajar...
¿Quereis que con el cuerpo se consuma
Toda una creacion, todo un pensar?

Debo escribir aun; siento mi frente
Con las ideas delirante hervir,
Y el ánjel que me inspira no consiente
La inspiracion en el sepulcro hundir.

¡Gloria! ¡mas gloria...! tengo un plan trazado,
Un gran drama, magnífico... ¡que horror!
Si otro jenio, cual yo, previlejiado
Lo concibe despues, roba mi honor.

Y él recibirá aplausos : los poetas
Su laurel que fue mio acatarán,
Y las miradas públicas, inquietas
Para fijarse en él, le buscarán.
¡Ay! ¿y quién sabe si á la hermosa mia,
Que con sus tristes lágrimas bañó

Los cánticos de amor que yo escribia,
La encantará cual la encantaba yo?

Esta idea es atroz, es una idea
Que sujiere el demonío por mi mal,
Para hacerme esclamar: ¡*maldito sea*
Quien me acerca á la losa sepulcral!

Esta idea la fiebre que me abrasa
Aumenta y exaspera... -Anjel de amor,
Ven y una mano compasiva pasa
Por mi frente bañada de sudor.

Pásala por piedad, y mi agonía
De aromáticas flores cubrirás,
Diciendo que en mis versos noche y dia
A tu perdido amante adorarás.

Que en ellos me contemplen retratado
Tus ojos agostados del dolor,
Cual contemplo Maria ensangrentado
En un lienzo el semblante del Señor.

Y que, sobre mi tumba recostada,
Si algun poeta se dirije á tí,
Le digas, sin echarle una mirada,
Mi pobre trovador me aguarda aqui.

Y muéstrale el laud mas armonioso
Que ha sonado en España, y él verá

Que no está roto aun ni polvoroso...
Tu mano, ¿no es verdad?, lo cuidará

¿Y no es verdad que nunca otra armonía
Podrá tu bello espíritu mover?
¿Ni podrá la mas grata salmodia
Mis gratas salmodias deshacer?

Júralo ya, que nunca tan celoso
Estuve de mi gloria y de mi bien;
Júralo por mi verso mas hermoso,
Por la mejor corona de mi sien.

Júralo, vírjen mia, por el drama...
¡El drama...! yo deliro... ¿no hay piedad?
No adviertes que la muerte ya derrama
Sobre mi corazon su frialdad?

Llega una mano.. aquí, mi Adela, y toca,
Y toca, que me anima tu calor:
Acércate... el aliento de tu boca
Tal vez me vuelva el estro creador.

¡Una pluma...! no puedo, no... mi hermosa,
A respirar ayudame, á latir...
¡Maldicion á mi muerte...! ¡si la losa
No me impidiera el drama concluir...

. . . . . .

Barcelona, año 1837.

NOTAS.

1.ª

El Trovador de Laletania, pág. 7.

(1) En aquella época de superficialidades, en aquella edad de positivismo en que el hombre cree en todo hasta en su porvenir, la brillantez del dia viene á reflejarse en las ilusiones de la noche? Entonces no hay acto qué no sea un estímulo, no hay perspectiva que no amolde una pasion, no hay mirada que no siembre una esperanza... ¡Una esperanza! El hombre espera un año, dos años, cuatro años; la actualidad le es siempre empalagosa; busca modificaciones continuas, busca un equilibrio imposible; se cansa de todo... al cabo se cansa de esperar. Entonces ya no hay porvenir. Ya no ve hoy al estremo de un horizonte nublado una pequeña mancha azul que le presajie mas sereno el dia de mañana... Y corona su frente la calma de la indiferencia.

Esta es la fisonomía moral del *Trovador de Laletania*. Nació pobre... pero ¿qué importa? Las alas de su jenio le levantarán sobre el cieno, y las alas de su jenio levantarán sobre el cieno á una mujer tan pobre como él. A los diez y seis años estas son sus conjeturas: hay una mujer que le adora y que ha jurado adorarle siempre; hay un amigo que es pobre tambien, que tiene talentos, que simpatiza con su corazon; que tambien se halla animado de deseos y de delirios, un amigo que tambien se siente con fuerzas para remontarse muy alto. No, no se abandonarán jamas; los dos subirán las mismas gradas de la escalera de la suerte y se sostendrán mutuamente. ¡Oh! que hermosa es la edad de diez y seis años!

En esta edad de primavera, el hombre lleno de cálculos sin resultado, de teorías sin fundamento, considera el espacio que separa la cuna del ataud, esto que llamamos vida, siempre en masa, siempre bajo un punto de vista jeneral. No advierte el inmenso piélago que cruza su existencia en este mundo, no ve diques que se opongan á su carrera; es jóven, no ha sufrido decepciones, cree en lo sucesivo. Su posicion material es triste, pero la esperanza del porvenir la cubre de flores: considera sus infortunios como las malezas del camino terrestre que conduce al cielo... ¡Qué poética es la edad de diez y seis años...!

El Trovador de Laletania nutria en su interior un corazon de fuego; debajo este corazon de fuego habia una espada de mucho brillo que la blandia á sus solas para ensayarse á ser héroe. Cuando oia el sonido de la trompeta, su corazon latia con fuerza, con mucha fuerza... parecia estallar en la pared del pecho, parecia que el pecho no era bastante ancho para contenerlo: cuando el atormentado atabal hacia retemblar las calles de la ciudad, el Trovador marcaba involuntariamente el paso, llegaba la mano al pomo de su espada, tomaba un aire marcial y soñaba batallas y laureles... ¡Cuan fantástica es la edad de diez y seis años!

Ahora el Trovador de Laletania se presenta bajo un aspecto distinto. Aquella mujer pobre que respiraba en las cuerdas de su lira, en su pluma, en sus pensamientos, no puede ser suya... el tálamo del Trovador eclipsaria el brillo de su cuna: es noble... ¡Maldicion! Esta es la primera vez que el Trovador de Laletania ha reconocido sobre la tierra algo que no es positivo... fantasmas y preocupaciones. -- «Abajo los previlejios! la ley de Cristo los rehusa; solo el talento, solo la virtud deben ser previlejiados... ¡abajo los demas previlejios!» - Y el Trovador de Laletania se arroja al mar de las revoluciones. Su amigo va á su lado con la espada en la mano y el entusiasmo en el corazon. - Poco tiempo despues el corifeo de los previlejiados alimentaba el fuego de una hoguera...

Pero el bando caido se reaccionó y el Trovador de Laletania fué á mendigar el pan de la emigracion por estranjeros climas. Hombres, tiznado aun el rostro con las cenizas del corifeo que habian contribuido á derribar, dieron impulso al brazo de los reaccionarios. Desde entonces el Trovador es un desconfiado, un escéptico; indiferente á todo, insensible á todo. Es preciso creer para disfrutar, y él no cree en nada; su alma está desnuda de afectos. - Tiene veinte y tres años... ¡Cuan triste es la edad de veinte y tres años...!!!

2.ª

El castillo feudal, pág. 11.

(1) Enmedio de montes incultos se levanta un castillo desmoronado, como se levanta la panocha de una caña seca sobre algunos arbustos que ha deshojado el invierno. Los descendientes del que lo mandó erijir pasean sus alrededores y se llenan de terror pánico: una rueda de molino, que descansa entre dos columnas de arquitectura gótica, acaso les escita ideas mas tristes que la losa de la tumba materna. Porque aquella rueda de molino recuerda el pan que comió su predecesor, y este pan costaba mucho sudor y sangre a los andrajosos proletarios.

De medio cráneo que encuentran allí, no sé por que casualidad, sacan infinitos comentarios: tal vez les recuerda crímenes antiguos, como recuerda á un filósofo un marisco petrificado en la cima de una montaña el retroceso del mar ó la realidad del diluvio. - Pasa un pájaro inocente junto á la pared del castillo, y se oculta entre un manojo de retama donde tiene su nido. Ha pasado tan rápidamente que los espectadores dudan de si ha pasado: acaso creen ser el alma de una belda! que se eclipsó

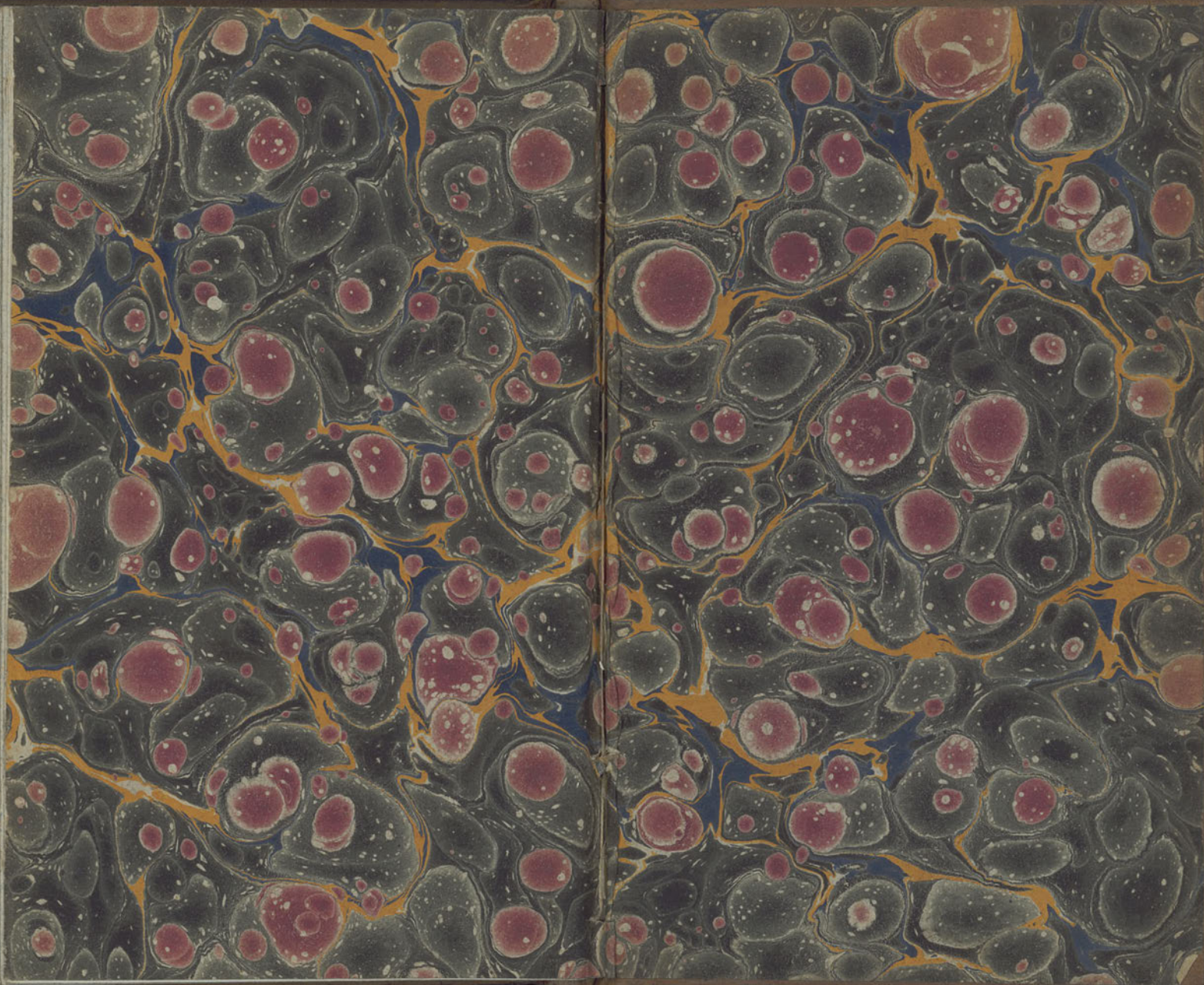
entre rejas, y viene á hacerles espiar los pecados de sus abuelos. Este castillo es como el libro del demonio, donde no se leen mas que crímenes y tormentos. Pero el tiempo que ha destruido mas de la mitad de sus paredes, ha destruido tambien mas de la mitad de las barbaridades que encerraban. El acabará de destruir todas las paredes y todas las barbaridades.

Actualmente, aquellos para quienes la fortuna ha sido madrastra no se hallan ya forzados á regular sus instintos por el capricho de sus dueños. Es harto verdadero que no se ha entronizado todavía en Europa la igualdad ante la ley á que somos acreedores todos los hijos de Adan; sin embargo esta ilegalidad ya no es mas que la agonía del feudalismo, el eco moribundo de los antiguos abusos que cada dia se vá alejando un poco de la tierra de Dios. Han desaparecido los previlegios mas ominosos que establecieron los *Grandes*, presididos sin duda por Satanás; un título feudal ya no pone nuestra vida en manos de un *Caballero*, ni á nadie da la facultad de desflorar una virjen, burlando la desesperacion del amante que es posesor absoluto y esclusivo de los deseos de su amada. Mi poema social jira al rededor de este último derecho, el mas ominoso que señala el despotismo humano.

3.ª

Fantasia, pág. 53.

(1) Las artes se desenvuelven á veces con absoluta independencia; sin plan trazado, sin coordinacion propuesta. En ciertas *fantasías* músicas una parte de valz se emplea para la conclusion de un andante ó de un alegro; la pintura, graciosa de cuando en cuando en medio de delirios, nos descubre una fragua entre nubes, un caballo con alas ó una serpiente que se lleva arrastrando por el aire. Esto forma una monstruosidad, un imposible, un verdadero capricho: sin embargo este modo de presentar la fantasía entre repentes y dando fuertes sacudimientos para desprenderse de la razon, á menudo es injenioso y no pocas veces es bello. Tambien es posible aislar la poesía, es decir; separar los conceptos de las imájenes y ofrecer una porcion de raptos inconnexos y pinceladas en distintas direcciones, en los cuales brillen un sin número de colores interesantes, formando un todo sin significacion, un cuerpo hueco, una hermosura aérea.—Analizemos un todo armónico, un conjunto de filosófico y poético; separemos la razon de la fantasía, y coloquemos la primera á la derecha, y la otra al lado opuesto. A la derecha, que es donde hemos colocado sola á la filosofía, veremos un perfil exacto, un maniquin perfecto; á la izquierda está la poesía; las sombras, los vestidos. Pues estas sombras, estos vestidos son los que yo quiero presentar aislados. En buen hora que sean útiles para hermosear una realidad; yo dejo las telas colgadas de un clavo, sin aplicarlas al cuerpo.

Ea aqui el exámen crítico de esta composicion que designo con el nombre de *fantasía*, siguiendo en esto el dictámen de algunos músicos célebres. El plan es improvisado y pequeño; es no mas que el clavo del cual cuelgan las telas y de ninguna manera el maniquin perfecto. D. M. Milá ha publicado en el *Vapor* una composicion de este jénero, acompañada de interesantes reflexiones.

FIN.